3 1761 07803009 5

PÁGINAS DESCONOCIDAS

B3985p

PÁGINAS DESCONOCIDAS

DE GUSTAVO ADOLFO BECQUER

RECOPILADAS POR

FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA

188265
10.3.24.

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

IMPRENTA LATINA.—COVARRUBIAS, 9.—MADRID

PRELIMINAR

GUSTAVO *Adolfo Bécquer es uno de los poetas más populares de España y al mismo tiempo, extraña paradoja, uno de los menos conocidos. Publicadas sus obras como póstumo homenaje de sus admiradores, sólo llegó al público una pequeña parte de su copiosa labor. Dos días después de muerto el poeta se reunieron, en el estudio que en la plaza del Progreso tenía Casado de Alisal, todos los artistas y literatos que fueron sus amigos, y acordaron reunir en un libro, que sería editado por suscripción pública, toda su obra, dispersa en las columnas de periódicos y revistas.*

¿Es toda la obra de Bécquer la reunida en un par de pequeños volúmenes por sus admiradores y amigos? No; el poeta de las RIMAS dejó *una obra más extensa, más varia que la contenida en los volúmenes que la caridad popular editó. A que no se pierda esta obra, a que Bécquer sea conocido ampliamen-*

te, es a lo que tiende esta recopilación de trabajos suyos, perdidos entre las amarillentas páginas de las revistas de su época, entre los que hay—La Picota de Ocaña, Una calle de Toledo, Apólogo, El Retiro, Enterramiento de Garcilaso de la Vega—*trabajos dignos hermanos de* Rayo de Luna, La Venta de los Gatos *y las* Cartas desde mi celda. *También publicamos dos* Rimas, *copiadas del original del libro que el poeta pensaba publicar, titulado* Libro de los gorriones. *Una de ellas, la que empieza «Una mujer envenenó mi alma», aparece tachada en el original. ¿Qué historia de dolor hay en esa* rima *que Bécquer se arrepintió de haber escrito?*

Para este libro dibujó el poeta una portada que le acredita de dibujante genial. Representa el rincón de un jardín abandonado, por cuyas tapias trepa libremente la hiedra y en el que una fuente glosa su eterna y melancólica canción. ¿Por qué los que se encargaron de la edición de sus obras no pusieron al frente de las Rimas *esta portada? Sin duda el original del* Libro de los gorriones *debió permanecer ignorado para los amigos del poeta, pues de no haber sido así, el olvido sería imperdonable. Es necesaria una*

edición de las RIMAS, *a cuyo frente vaya el dibujo que para ellas hizo Bécquer: una edición cuidada, pequeña, libro-breviario en el que las mujeres, los artistas, recen las íntimas oraciones de su tristeza, de sus sueños, de su silencio. Libro que, como la* IMITACIÓN *de Tomás Kempis, sea un oasis en nuestro árido y solitario camino, bálsamo que nos consuele y conforte en horas de melancolía.*

. . . . . .

. . . . . .

Este libro que hoy publicamos es una lámpara más que alumbrará perennemente la gloriosa memoria del poeta a quien la fatalidad puso su frío beso en la frente.

F. I. F.

GUSTAVO A. BECQUER

BIOGRAFÍA POR
NARCISO CAMPILLO
(INÉDITA)

NUNCA he tomado la pluma conociendo mejor el asunto de que voy a tratar, y, sin embargo, jamás experimenté la indecisión en que ahora mi ánimo vacila. Porque escribir la biografía de un personaje universalmente reputado, y cuya existencia, completa en el tiempo, ha producido todos sus frutos para el saber, para el arte, para la gobernación de su patria, es narrar hechos íntegros, es presentar el drama humano desde su exposición hasta su desenlace.

Pero bosquejar el cuadro de una vida, cuyos hilos rotos flotan al acaso, de una vida que fué sólo una mañana tempestuosa, aunque anunciaba ser un medio día espléndido y una serena y luminosa tarde, es tomar la pluma del biógrafo para cambiarla pronto por la del poeta y dejando el terreno de la realidad, lanzarse por los campos imaginarios de la fantasía. Procuraré contenerme en los límites de lo justo, sin que la amistad ni

otra consideración alguna me perturbe ni extravíe.

En Sevilla, y en el mismo barrio en que el célebre caballero Don Miguel de Mañara, tipo original y primitivo de Lisardo el Estudiante y de Don Juan Tenorio, sintió el misterioso golpe y vió desfilar su propio entierro, nació en el 1835, dos años después que su hermano el pintor, D. Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bécquer. Eran sus antepasados oriundos de Alemania; mas ya en el siglo XVI avecindados y conocidos en la reina del Guadalquivir entre las más hidalgas familias. Fué su padre D. José Domínguez Bécquer, pintor aventajado en el género de costumbres, y su madre, doña Joaquina Bastida. Ambos, el esposo antes y poco después la joven viuda, bajaron al sepulcro, dejando, a unos en la niñez y a otros en la cuna, siete hijos varones: Eduardo, Estanislao, Valeriano, Gustavo Adolfo, Ricardo, Alfredo y José. Un tío, anciano y sin descendencia, don Juan de Vargas, se encargó de los huérfanos, haciendo para con ellos el oficio del más cariñoso padre, hasta que, ya crecidos, pudieron ir buscando honrada subsistencia en distintas profesiones.

Había en Sevilla, a la margen del río, un

colegio de pilotos de altura, llamado San Telmo, palacio hoy de los duques de Monpensier, en cuyo establecimiento, planteado en 1681 sobre donde estuvo el arrabal de Marruecos, se refundió la antigua y famosa *Escuela de Mareantes,* de Triana. Era preciso para ingresar en ella ser huérfano, pobre y de noble cuna; condiciones exigidas por el Estado, que costeaba la educación y alimento de los alumnos. Gustavo reunía tales circunstancias, y antes de los diez años era ya colegial de San Telmo. Poco después lo fué también el que estas líneas escribe, y nuestra amistad de la primera infancia se fortaleció entonces con la vida común, vistiendo igual uniforme, comiendo a una mesa y durmiendo en el mismo inmenso salón, cuyos arcos, columnas y melancólicas lámparas colgadas de trecho en trecho, me parece estar viendo todavía.

Me complazco en recordar esta época de nuestro primer vagido literario; y digo nuestro, porque siendo él de diez años y yo de once, compusimos y representamos en dicho colegio un espantable y disparatado drama, que se titulaba, si mal no recuerdo, *Los conjurados.* Asimismo comenzamos una novela. Me extraña la candidez con que aque-

llos dos niños, ignorantes de todo, se lanzaban jugando a los dos géneros literarios que más conocimientos exigen del hombre, de la sociedad y de la vida. ¡Tiempo había de llegar en que, a fuerza de penosos combates y rudas pruebas, adquiriesen esta ciencia, tan difícil como amarga!

El colegio fué suprimido de real orden y nos encontramos en la calle. Decididamente la fortuna se empeñaba en que no llegásemos a ser pilotos de altura, cosmógrafos y navegantes. Gustavo fué recogido por la señora Monehay, su madrina de bautismo, persona de claro talento, que poseía bastantes libros y ¡cosa rara en mujer! que los había leído todos. Estos libros fueron una mina para Gustavo; los leyó, los releyó, y como algunos estuviesen destrozados, faltándoles ya el principio, ya el fin, los empezaba o concluía de su cosecha, devanándose los sesos días enteros y semanas seguidas en semejante empeño, descomunal y extraordinario para las fuerzas intelectuales de un niño.

Por este tiempo leyó dos obras que influyeron en él notablemente: las Odas de Horacio, traducidas por el padre Urbano Campos, y las poesías de Zorrilla. Vacilando entre ambos caminos, unas veces seguía las

huellas del epicúreo cantor de Roma, valiéndose de las imágenes, alusiones y ornato mitológico, y otras adoptaba con admirable facilidad el estilo pintoresco, libre, incorrecto y desigual del poeta vallisoletano. A esta época pertenecen muchas composiciones que, con otras mías, en número de miles de versos, quemamos una tarde en mi casa. De las de Gustavo dos solamente recuerdo: una «Al viento», imitación de Zorrilla, y otra en verso suelto, del corte horaciano, dirigida a mí, que empezaba de este modo:

> Muy más sabrosos que la miel hiblea,
> más gratos que el murmullo de la fuerte,
> me son, Narciso, tus hermosos versos.

En 1849 había dos pintores notables en Sevilla, con estudio abierto y concurrido por numerosos alumnos, futuros émulos, cada cual en su imaginación, de las glorias de Velázquez y Murillo: uno de tales estudios, situado en el mismo local del Museo de Pinturas, era de don Antonio Cabral Bejarano, persona inolvidable por su talento y tal vez más por su gracia, delicia de cuantos le trataban; el otro, establecido en un salón alto del alcázar árabe de Abd-el-Azzis, junto al patio de Banderas; se hallaba dirigido por don Joa-

quín Domínguez Becquer, hermano y discípulo de don José, padre de Gustavo. A pesar de la circunstancia de tan próximo parentesco, ingresó éste a los catorce años en el taller de Bejarano, donde permaneció dos, ejercitándose en el dibujo, para cuyo arte, como para todos los demás, poseía extraordinarias dotes. Pasó después al estudio de su tío, quien, juzgándole aun con más disposiciones para la literatura, en vista de la facilidad y mérito de sus poesías, le aconsejó seguir con tesón este camino y le costeó algunos estudios de latinidad. Entretanto Gustavo crecía y reunido constantemente conmigo ensanchaba sus horizontes poéticos por la meditación de los grandes modelos, y sobre todo por la contemplación de la naturaleza. Entonces compusimos los tres primeros cantos de un poema histórico, titulado *La conquista de Sevilla*. Pocos meses después, y hallándonos ambos en Madrid, ¡con qué placer me recordaba nuestros paseos en lancha por el Guadalquivir, donde bogábamos los dos entre márgenes cubiertas de álamos, sauces, palmeras, cipreses y naranjos, llenos de penetrantes perfumes de azahar y alumbrados por un sol de fuego, o por la redonda y ancha luna que hacía brillar el río como si

fuese plata fundida! ¡Cómo gozaba también al recordar nuestros solitarios paseos a las ruinas de Itálica; las cien y cien leyendas que formábamos en voz baja, ya vagando por las gigantescas naves de la desierta catedral, ya inmóviles y contemplando entre la sombra de algún ángulo apartado el sepulcro de un sabio, de un santo, de un guerrero, o las innumerables estatuas de ángeles, vírgenes, profetas, psalmistas, reyes y apóstoles que, desde los huecos de sus hornacinas o desde los pintados vidrios, parecían mirarnos tristemente a nosotros, tan jóvenes y tan entusiastas!

El tiempo es despiadado; barre y se lleva a su paso las ilusiones de la adolescencia y los fríos desengaños de la ancianidad, empujando siempre adelante, lo mismo al que teme que al que espera. En el otoño de 1854 vino Gustavo a Madrid, resuelto a conquistarse con su talento un nombre ilustre, una posición independiente. El velo de flores y oro que la poca edad y el entusiasmo tejen y desarrollan ante la vista, ocultó a la de Gustavo el desamparo, la pobreza, los sinsabores de todo género que sufrió antes y aun después de ser ventajosamente conocido y de poder subvenir a las necesidades más

imprescindibles de la vida. Dando pormenores de este período de la suya, temería ser indiscreto; fuera de que en sus mismas poesías hay lo bastante para comprender lo que son días sin pan, noches sin asilo y sin sueño, padecimientos físicos y congojas morales, en la eterna lucha del genio desamparado por salvar las frías barreras que de todos lados cercan y encadenan su vuelo.

En 1857, ayudado de otros literatos, y dirigiendo la obra, emprendió la *Historia de los templos de España,* de cuyo importante trabajo sólo pudo publicar el primer tomo, notable bajo el doble concepto de la redacción y los dibujos, algunos de los cuales son suyos, singularmente el de la portada. Todos ellos, así como otros varios sobre diversos asuntos, muestran con toda certeza que hubiera sobresalido en la pintura, a no haberla pospuesto y desatendido para dedicarse exclusivamente a las tareas literarias.

Como todo en nuestro país lo absorbe la política, en ella casi siempre se ve obligado el escritor a buscar los recursos que en el cultivo de las letras no halla, sentando plaza bajo tal o cual enseña política, y convirtiéndose, de publicista, en jornalero asalariado de la publicidad, que a veces desarrolla pro-

yectos que no entiende, sustenta cuestiones que no le importan y se propone casi diariamente como supremo fin el llenar determinado número de cuartillas para aplacar la voracidad de ese insaciable monstruo llamado Prensa periódica. Gustavo, en 1861, escribía para *El Contemporáneo,* diario en que parece se habían dado cita muchas elevadas inteligencias. Gravemente enfermo en esta época, se retiró en busca de aires más puros, acompañándole su hermano el pintor, Valeriano, al histórico monasterio de Veruela, donde escribió varias leyendas, fantásticas en su mayor parte, y las notables cartas tituladas *Desde mi celda,* que tanto llamaron la atención al insertarse en las columnas del citado periódico.

Al año siguiente regresó a la corte, donde comenzó a publicar, en unión de su buen amigo don Felipe Vallarino, la *Gaceta Literaria,* cuya breve, pero provechosa existencia, bastó para darnos a conocer excelentes artículos y poesías, y el primer tomo de la *Historia de la literatura y del arte dramático en España,* por Adolfo Federico de Schack, traducida del alemán con sumo acierto por don Eduardo de Mier. Este año y el de 1863 continuó Gustavo formando parte de la

redacción de *El Contemporáneo* y embelleciéndolo con varias leyendas llenas de ingenio, novedad y colorido poético. En los baños de Fitero, adonde fué a buscar la salud el verano del 64, acompañado de su inseparable Valeriano, compuso la leyendita del *Miserere,* fantástico, y también otras varias no menos interesantes, que en breve sus amigos, reunida a sus demás obras, daremos a la estampa.

A su vuelta de los baños de Fitero continuó en *El Contemporáneo,* y poco después entró en un diario ministerial, arrastrando la pesada cadena de periodista político, porque su situación lo imponía. Digo pesada cadena, porque no puede haberla mayor para caracteres como el suyo, y sólo la necesidad más imperiosa puede hacerla soportar por algún tiempo. Cuando le llegó el de verse libre de ella, aceptando un destino que le permitía entregarse a sus estudios favoritos, mejor diré a sus sueños, pues Gustavo era de los hombres que sueñan despiertos hasta el punto de asistir como espectadores al drama real de su propia vida, su júbilo fué grande y proyectó vastos trabajos literarios, que, habiéndolos podido desarrollar, le hubieran dado ciertamente en nuestra historia el

alto puesto que su talento merecía. Durante el tiempo de su empleo escribió un breve tomo de poesías, titulado *Rimas*. Don Luis González Bravo, ministro entonces, y particular amigo del poeta, se encargó espontáneamente de ponerlas un prólogo e imprimirlas a sus expensas; ¡tal fué la originalidad, la frescura y el sentimiento que encontró en ellas, como encuentran hoy cuantos las conocen y conocen la vida del autor!

Estalló y triunfó el movimiento revolucionario de 1868; cayó para siempre el trono de doña Isabel; ésta y sus ministros buscaron precipitadamente refugio en país extranjero; Gustavo presentó dimisión de su empleo; volvió los ojos a la poesía; pero no pudo recobrar su volumen manuscrito, extraviado en aquellos días por efecto de las circunstancias de quien lo conservaba entre los papeles y libros. Con ímprobo trabajo consiguió el poeta ir recordando y transcribiendo sus composiciones; retirado a la imperial Toledo, se extasiaba su espíritu ante las grandiosas ruinas de otras edades, tal vez contemplando en ellas una imagen fiel y viva de su juventud y esperanzas que a un tiempo iban desvaneciéndose.

En 1869, a su regreso de los baños en la

costa del Norte, vino a vivir en las afueras de Madrid, en el barrio de la Concepción. Allí se entregó con afán a su vida solitaria y contemplativa; pasaba días enteros cultivando su jardín, hablando de literatura y artes con Valeriano y los amigos que iban a visitarle, o alternando en infantiles juegos con sus pequeños hijos. Se me olvidaba decir que en 1861 había contraído matrimonio; verdad es que a él parecía habérsele olvidado también, pues, apartado de su esposa, jamás le oí hablar de ella. En este retiro apacible escribió algunas nuevas poesías; proyectamos publicar una biblioteca de grandes autores, para lo cual comenzamos a traducir él a Dante y yo a Homero; organizó el notable periódico titulado *La Ilustración de Madrid*, que bajo su dirección empezó en 1870, y donde tan buena muestra dió de sí Valeriano como dibujante conocedor de costumbres y tipos españoles. ¡Quién podría decirle que dentro de breve término habían de imprimirse en el mismo papel su necrología y la de su querido hermano!

En septiembre ocurrió el fallecimento de éste, y desde entonces pudo afirmarse que Gustavo quedó herido de muerte. ¡Tal fué el abatimiento y pesar que produjo

en su alma la pérdida de este hermano y compañero, con quien había compartido siempre su bolsillo, sus esperanzas, sus grandes penas y alegrías breves, su habitación y su vida! Sí, largas penas y alegrías breves, y además lucha incesante y obstinada; en estas palabras se halla comprendida su existencia. Su gozo era fugaz como el tránsito de los días primaverales: una ilusión, un desvanecimiento de un instante; no es posible leer sin pensar en esto la siguiente bellísima composición de sus *Rimas*:

Los invisibles átomos del aire
En derredor se agitan y abrillantan,
El cielo se deshace en rayos de oro,
La tierra se estremece alborozada;
Oigo vibrar en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas,
Mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
Es el amor, que pasa.

Es verdad que pasa y no vuelve, como no vuelven tampoco las generosas ilusiones ni las espléndidas esperanzas de la juventud. En cambio, el dolor, una vez llegado, permanece y echa de día en día, como los árboles, más hondas raíces en nuestro corazón; y pues me he valido de algunos versos de Gustavo

para confirmar la primera idea, sírvanme otros del mismo para la segunda, indicando al par otra especie de tormento que le devoraba:

Me ha herido recatándose en las sombras,
Sellando con un beso su traición:
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
Partióme a sangre fría el corazón.
Y ella prosigue alegre su camino,
Feliz, risueña, impávida... ¿Y por qué?
Porque no brota sangre de la herida.
Porque el muerto está en pie.

Muerto se juzgaba ya, aunque no exhalaba su pesar en estériles ayes; muerto para la alegría y la confianza; así le veíamos siempre triste y meditabundo, como si fuera recordando en su interior contínuamente una por una las páginas de su dolorosa historia, a que puso fin una rápida enfermedad el 22 de diciembre de 1870.

¿Terminaré estos apuntes biográficos examinando literariamente sus *Rimas, Leyendas* y demás producciones? De ningún modo. El público las leerá y juzgará en breve; sé muy bien que es inapelable su fallo, y nunca me pareció justo ni conveniente andar disculpando faltas ni encareciendo méritos. Lo que sí procuro con estas líneas es indicar las con-

diciones difíciles y adversas en que se desarrolló el genio de Gustavo, para que, no perdiéndolas de vista, pueda juzgarse por lo que hizo, lo mucho que era capaz de hacer, y por las ideas poéticas que dejó consignadas, las muchas y grandes que llevó consigo a otras regiones más serenas y resplandecientes.

NARCISO CAMPILLO

NOTA DEL RECOPILADOR.—Esta biografía la escribió Narciso Campillo para un libro que no llegó a publicarse, y que titulaba *Mis contemporáneos*. El manuscrito lo conservó entre sus papeles don Julio Nombela.

EL RETIRO (INEDITO).

CADA uno de los paseos de Madrid tiene su carácter, su fisonomía y su concurrencia especial. A mí me basta saber a qué paseo asiste de ordinario una persona para formarme una idea aproximada de su posición, su genio y sus costumbres.

Desde el Campo del Moro a la Fuente Castellana, desde el paseo de Oriente a Recoletos, desde la Plaza Mayor a Atocha, desde las Vistillas al Salón del Prado, la coronada Villa ofrece tan ancho y variado campo a sus habitantes, que, excepto algunas raras excepciones, cada cual busca el punto de reunión más en armonía con sus hábitos, su carácter y sus intereses, obedeciendo a esa ley eterna que impulsa a la llama a subir y al agua a buscar su nivel.

Ponedme un domingo cualquiera en un lugar céntrico de la población y yo os diré sin vacilar un momento y casi con la seguridad de no equivocarme un punto:

¿Veis esa elegante carretela sobre cuyo fondo azul y entre un mar de *glasé* y de blondas se destaca una cabeza rubia y distinguida? Pues esa va a la Fuente Castellana.

¿Veis aquel grupo de alegres y honrados artesanos que con cara de Pascuas y vestidos de día de fiesta cruzan en opuesta dirección? Pues esos seguramente van a merendar en la Pradera, en las Vistillas o a las inmediaciones del Puente Verde.

Aquella mamá, obesa, que sigue la calle de Alcalá adelante, precedida de dos pimpollos, en estado de merecer, perdería un dedo de la mano si no va a sentarse frente al circo del Príncipe Alfonso.

La otra cocinera endomingada que atraviesa más lejos, con aire decidido y luciendo un pañolón de colorines, apostaría cualquier cosa a que corre en busca de la Plaza Mayor, donde la espera un su paisano o pariente, cabo de la primera del 5.° de artillería montada.

Ese matrimonio de edad provecta que corre a guarecerse en el portal de una casa, cuando siente el ruído de un coche y que parecen comerciantes retirados de la calle de

Postas, ¿quién duda que bajarán al Campo del Moro?

En cuanto a ese astur sin cuba y con camisa limpia, ¿qué hemos de pensar, si no que se dirige a la Virgen del Puerto?

Aquella bandada de niñeras y amas de cría de casa grande, ¿se oculta al menos conocedor de las costumbres madrileñas que no han de parar hasta verse junto a la fuente de las Cuatro Estaciones?

Y así seguiría marcando sin discrepar una línea el itinerario de todos y de cada uno de los paseantes.

La multitud que en ciertos días clásicos va y viene, cruza y torna a cruzar, y se enreda y se enmaraña pasando y repasando en mil direcciones distintas, podrá presentarnos confundidas las diferentes capas de la sociedad; pero a medida que las arterias de la población van arrojando a la ronda los animados grupos que por ella circulan, cada actor del gran sainete humano busca instintivamente escena y decoración apropiadas al papel que les ha tocado en suerte desempeñar en el teatro del mundo.

Hay, no obstante, un paseo cuyos concurrentes no es fácil señalar, un paseo al que no asiste clase determinada, al que se va

casi siempre más bien por incidencia que por costumbre, paseo que cambia de aspecto a medida que cambian las estaciones, que ofrece un panorama distinto en las diversas horas del día, que en el discurso del año puede asegurarse, que ve cruzar por sus alamedas a todos los vecinos de la Corte, amén de la población flotante, paseo, en fin, donde se reúnen alternativamente paletos y damas aristocráticas, niñeras y hombres políticos, artesanos y estudiantes, modistas y títulos de Castilla, provincianos y manolos, desesperados y alegres, ricos y pobres, chicos y grandes, muchachos y viejos. Ese paseo *sui géneris* es el tradicional, el histórico paseo del Buen Retiro.

Y, ¿cómo se comprende, exclamará alguno, que esa multitud que instintivamente busca para agruparse sus elementos afines se reúna sólo en este punto?

Para encontrar la explicación de ese fenómeno, para darse cuenta de esa contradicción aparente, hay que saber de antemano que el Retiro es un paseo especial, un paseo ómnibus, que tiene rellanos y plazas tapizadas de finísima arena y cercados de arrayán para que jueguen los chicos; calles de copudos olmos ornados de estatuas para que

paseen los hombres graves; fuentes egipcias y chinescas, con peces, ánades y patos, para que se emboben las gentes sencillas; bosquecillos de follaje tupido y discreto para que se aventuren las parejas de enamorados; jaulas de fieras, con monos que hacen gestos y leopardos que enseñan los dientes, para que se extasíe la plebe menuda; parajes incultos, llenos de carrascas y de jaramagos amarillos, para que se tiendan al sol los haraganes; hileras de pinos y cipreses para que discurran a su sombra los melancólicos; es preciso, por último, no perder de vista que dentro de un paseo monstruo, cuya circunferencia mide algunos kilómetros, hay otros cien paseos aislados e independientes, con su hechura, sus condiciones y su carácter adecuados a las diferentes clases de personas que los frecuentan.

De esta variedad infinita nace la dificultad con que tropiezan así el escritor como el dibujante al tratar de reproducir su múltiple fisonomía. Tarea inútil es asestarle el lente fotográfico; trabajo perdido cruzar sus enarenadas calles lápiz o pluma en ristre. A cada instante cambian la expresión, la luz y hasta las líneas del modelo que se intenta copiar.

Figuráos, por ejemplo, que penetramos en el Retiro en una de esas *mañanas de abril* o *mayo* que inspiraron a Calderón la comedia más llena de risueña poesía, de elegantes discreciones y novelescas aventuras de nuestro teatro antiguo. Es la estación en que los almendros cubren el suelo con los despojos de sus tempranas y efímeras flores, dejando asomar sus primeras hojas verdes y transparentes; es la estación en que los intrincados laberintos del estanque chinesco se engalanan con ramos de lilas; es la estación en que el sol comienza a despertarse temprano y alegre, llamando con sus reflejos de oro al balcón de los perezosos. Los troncos, antes desnudos, se han vestido de nuevo y espléndido ropaje; el cielo parece más puro y transparente; entre las hojas suena una confusa algarabía de trinos y gorjeos que regocija el alma.

El Retiro va a ofrecernos una de sus escenas más características. Las modistillas que a costa de un madrugón han podido robar dos o tres horas de cuotidiano trabajo del taller, cruzan alegres y desenfadadas por los senderos que dibujan los floridos arbustos, víctimas de sus matinales expediciones. Sus voces frescas y juveniles, sus gritos y sus ri-

sas forman coro y se confunden con el alegre y ruidoso canto de los pájaros.

¡Vedlas con sus sencillos trajes de percal, sus cabellos en desorden y volando sueltos al aire los extremos de sus graciosas mantillas, correr de un lado a otro con esa vertiginosa inquietud con que vuelan las mariposas zumbando en rededor de las flores! Mientras unas acechan los movimientos del guarda, otras penetran en los cuadros del jardín y repelan las acopadas matas de lilas, no faltando en esta bulliciosa operación algunos estudiantes que las requiebran, las persiguen o las asustan escondidos entre la arboleda. Todo enderredor parece que se anima, sonríe y toma parte en la loca alegría de las muchachas. Involuntariamente se escapan de los labios los dulces y espontáneos versos del poeta florentino:

¡Oh, primavera, gioventú del l'amour!
¡Gioventú, primavera della vita!
. . . . . .
. . . . . .

He aquí el borrador de una página del paseo del Buen Retiro; mas no os apresuréis por ella a formar buena idea del conjunto. Una página no es un libro.

Dejemos la fuente chinesca; seguidme por las revueltas de los jardines; no os preocupéis de la media docena de desocupados que arrojan pedacitos de pan a los peces del estanque grande, y recorriendo una ancha y solitaria calle de castaños, acopados y añosos, nos encontraremos en la fuente de la Salud. ¡Ved cómo han cambiado la decoración y los personajes; ved cómo todo es aquí diferente: la agitación deja lugar al reposo; a los gritos y las alegres carcajadas sustituyen las conversaciones a media voz. El ancho batiente de un musgoso paredón, a cuyo pie se distinguen algunos bancos rústicos, presta a este lugar un aire de sosegada tristeza; la luz se abre paso con dificultad al través de las apretadas copas de los árboles.

Niñas pálidas, viejas achacosas, empleados sin empleo y militares en situación de reemplazo, todos adoradores de la maravillosa fuente, se agrupan en torno del manantial y discuten acerca de las propiedades del agua, repiten por centésima vez el número de vasos que se han bebido o pasean con lentitud a lo largo de las alamedas.

Pero no han concluído aún todos los objetos del diorama. Volvamos otra hoja del libro; internémonos otra vez en la espesura. ¿No

habéis reparado en las orlas de una elegante falda de seda que desaparece siempre por el extremo opuesto de las sendas que seguimos? ¿No habéis visto dibujarse vagamente al través de los claros que dejan las ramas el perfil de una enamorada pareja, que al menor ruido huye y evita el encuentro de los curiosos, escondiéndose entre el espeso follaje de los jardines?

Si al abandonar el Retiro encontrásemos parada cerca del templo de Atocha alguna elegante berlina con cifra o blasón en la portezuela, acaso el cochero podría darnos la solución de la charada. Las tradiciones galantes de la corte del rey poeta no se han perdido del todo entre las damas de la coronada villa.

Mas el sol sube a escape por el cielo y deja sentir en las espaldas la viva influencia de sus rayos; los paseantes desfilan unos tras otros; las muchachas vuelven a la población con el delantal lleno de flores; los inválidos de la fuente de la Salud con un paseo mayúsculo y docena y media de vasos de agua en el cuerpo. Ya no se queda en los jardines más que algún pretendiente, sin casa ni hogar, que duerme al pie de sus árboles el inquieto sueño de las dudosas esperanzas, o al-

gún estudiante que intenta repasar a la sombra las asignaturas del curso y acaba también por rendirse a la influencia del sueño; mientras gesticula y habla solo, discurriendo por entre el laberinto de hojas y flores, alguno de esos filósofos derrotados y silvestres, tipo original del que no faltan ejemplares en la corte.

Tal es, hecho a la pluma, el ligero bosquejo de uno de los variados cuadros que ofrece el Retiro. Con todos ellos podría formarse el más curioso álbum de costumbres madrileñas.

EL DUQUE DE RIVAS

(INEDITO)

APUNTE BIOGRAFICO

POETA y soldado a la vez, como Cervantes, como Lope, como Ercilla y como tantos otros egregios varones, orgullo del Parnaso castellano, el Duque de Rivas, cuya muerte deploramos hoy, mantuvo en la historia de nuestra literatura la gloriosa tradición de aquellos peregrinos ingenios españoles, verdadera encarnación de nuestro espíritu nacional, que así manejaban la pluma como la espada.

Quisiera disponer de bastante espacio y tener el talento suficiente para trazar, adornándole con las galas del estilo, el brillante cuadro de su existencia, desarrollando unas tras otras sus escenas desde los tiempos en que, joven e inflamado su espíritu por el amor patrio, regaba con su sangre los campos de Ocaña, hasta la época en que, lejos ya del tumulto de los combates y de las agitaciones de la vida pública, levantaba un monumento indestructible a nuestras glorias nacionales con su *Romancero histórico.*

Al escribir lo que ni aun me atrevo a llamar bosquejo biográfico del excelente poeta cuyo nombre sirve de epígrafe a estas líneas, me limitaré a consignar algunas de las fechas más notables de su vida.

Don Angel Saavedra, el popular autor de *Don Alvaro,* nació el 10 de marzo de 1791, en Córdoba, y fueron sus padres don Juan Martín de Saavedra y Ramírez, duque de Rivas, y doña María Dominga de Baquedano y Quiñones, marquesa de Andía y de Villasinda. Siguiendo la tradición constante en las casas más ilustres, de dedicar a los hijos segundos bien a la carrera de la Iglesia o de las armas, los padres del popular poeta, que se hallaba en este caso, hubieron de pensar desde muy temprano en enderezarle por este último camino, pues cuando apenas contaba algunos meses ya habían conseguido para él la bandolera de guardia de Corps y el título de caballero de justicia de la Orden de Malta.

Los primeros años de su vida los pasó en la hermosa ciudad donde había nacido, y en la cual estuvieron encargados de su educación literaria y artística Mr. Tostin, canónigo francés, emigrado de su patria a causa de los disturbios políticos que la agitaban

por aquella época, y Mr. Verdiguer, escultor notable, que por las mismas razones se había establecido en Córdoba.

A la muerte de su padre, ocurrida en 1802, y en Madrid, adonde se había trasladado con toda su familia, ingresó en el Seminario de nobles, donde logró distinguirse, dando muestras de las felices disposiciones de su talento, no sólo en los diferentes estudios a que se dedicaba, sino en algunos recomendables aunque tímidos ensayos literarios.

Pero «la época no era de poesía, era de armas», dice uno de sus biógrafos al llegar a este punto de su vida. En efecto: la época no era de poesía escrita, de esa poesía que nace en el silencio del gabinete al calor de la inteligencia como una hermosa y delicada flor del ingenio; era época de grandes pasiones que exaltaban los espíritus; época de transtornos, de peligros y de combates; época de poesía en acción; época, en fin, la más adecuada para desarrollar en la mente de los hombres destinados a romper más tarde las enojosas trabas de la poesía de academia, los gérmenes de la grande, de la verdadera, de la tradicional poesía española.

La guerra de la Independencia había comenzado. Los héroes que habían de escribir

con su sangre tantas y tan brillantes páginas de nuestra historia hacían frente a los invasores, cuando henchida el alma de noble ardimiento, don Angel Saavedra, acompañado de su hermano mayor, entonces duque de Rivas, fué a reunirse con los valientes que peleaban en defensa de la patria.

Las orillas del Ebro, las llanuras de León y los campos de Alcalá fueron testigos de los diferentes combates en que ambos hermanos se distinguieron peleando esforzadamente, aunque con adversa fortuna. Por último, don Angel cayó herido mortalmente en la desgraciada acción de Ocaña, en cuyos campos fué recogido, durante la noche, de entre los muertos, y transportado a un pueblecillo de las cercanías, donde aun postrado en el lecho escribió el bellísimo romance que comienza:

Con once heridas mortales,
hecha pedazos la espada,

uno de los más sentidos y populares de su autor. El soldado, como se ve, no dejaba en ninguna ocasión de ser poeta.

Retirado a Córdoba para restablecer su salud, tuvo que abandonar también esta ciu-

dad para refugiarse en Cádiz, cuando, forzado ya el paso de Sierra Morena, se derramaron los franceses por Andalucía. En Cádiz tuvo ingreso en el Cuerpo de Estado Mayor, y sin descuidar los trabajos facultativos propios de su carrera, prosiguió cultivando la poesía y la pintura.

En esta ciudad comenzó los *resúmenes de la guerra de la Independencia,* redactados sobre los partes oficiales; escribió en un periódico militar; dió a luz un folleto en defensa del Cuerpo a que pertenecía y compuso la caballeresca poesía histórica titulada *El paso honroso.*

Concluída la guerra, y siendo ya coronel efectivo, se retiró a Sevilla, donde reunió algunas de sus poesías, dándolas a luz en dos tomos.

Por este mismo tiempo escribió para el teatro las tragedias *Ataulfo, Miatar, Doña Blanca, El Duque de Aquitania,* que no llegó a representarse, y, por último, *Maleck, Adhel,* la más notable de todas ellas. Elegido, en 1822, diputado a Cortes, interrumpió, para ocupar su puesto, un viaje que había comenzado con objeto de estudiar, por encargo del Gobierno, los establecimientos militares de los principales países de Europa. En el Parla-

mento, donde sostuvo ideas muy avanzadas, logró hacerse aplaudir por sus discursos políticos obteniendo un gran éxito con el que pronunció aprobando la conducta observada por el general San Miguel, respecto a los Gabinetes extranjeros que formaron la Santa Alianza.

En esta época, en que principalmente se ocupaba de política, escribió la tragedia titulada *Lanuza.*

Los sucesos políticos le obligaron, en 1823, a emigrar a Inglaterra, donde se reunió con otros muchos hombres notables que por las mismas causas tuvieron que alejarse de su país.

A bordo del buque en que abandonó las costas españolas escribió la composición titulada *La despedida,* en que se revela su verdadero carácter poético, original y espontáneo.

En Londres compuso la sátira, aún inédita, titulada *Un peso duro,* el poema titulado *Florinda* y *El sueño de un proscripto.*

Durante la emigración contrajo matrimonio con la distinguida señora, hoy duquesa viuda de Rivas, y en compañía de su joven esposa, y después de haber vagado algún tiempo por Italia, se fijó en Malta.

En este punto contrajo amistad con varios hombres notables, y muy particularmente con Mr. Frere, embajador que había sido de Inglaterra en España, y persona ilustradísima, a quien nuestro poeta debió el conocimiento de los autores clásicos ingleses y alemanes, con cuya lectura se ensanchó el horizonte de su genio.

El período que permaneció en esta isla fué uno de los más fecundos de la vida del ilustre literato.

Allí escribió su notabilísima composición que lleva por título *El faro de Malta;* allí compuso la comedia *Tanto vales como tienes;* la tragedia *Arias Gonzalo,* y concibió y llevó a feliz término una de sus obras más reputadas y notables: *El moro expósito.*

De Malta pasó a París y de París a Orleans, donde vivió algún tiempo con los recursos que le proporcionaba la pintura, arte en que sobresalió lo bastante para producir algunas obras apreciadas por los inteligentes. De Orleans se trasladó a Tours, punto en el cual estuvo algún tiempo en compañía de Alcalá Galiano, antiguo amigo suyo y compañero de emigración en Londres; de Tours salió para fijar de nuevo su residencia en

París. En la capital de Francia trazó el plan de *Don Alvaro* y lo escribió en prosa.

Abiertas las puertas de la madre patria para los emigrados, a la muerte de Fernando VII, don Angel Saavedra volvió a España, después de diez años de ausencia. Los cuidados de la política empezaron de nuevo a ocupar su espíritu.

Después de fundar *El Mensajero de las Cortes,* heredó, por muerte de su hermano, el título de duque de Rivas, y por derecho propio fué a tomar asiento en la Cámara de los próceres. No obstante, en esta ocasión, como en todas, los ocios de sus tareas políticas los dedicaba al cultivo de la literatura, versificando y corrigiendo el *Don Alvaro,* cuyo éxito al representarse eclipsó la fama de todas sus anteriores producciones.

Al formarse el ministerio Istúriz, los compromisos contraídos le obligaron a aceptar la cartera de Gobernación, puesto que desempeñó con honradez y con celo, hasta que los acontecimientos de la Granja y la revolución, que fué su consecuencia, le obligaron a buscar en Portugal un refugio contra sus enemigos.

El Duque de Rivas había nacido para poeta;

como poeta pudo ser soldado; pero no hombre político.

En Portugal escribió algunos de sus *Romances históricos,* ocupándose sólo de trabajos literarios, hasta que al promulgarse la Constitución de 1837 volvió a España para tomar asiento en el Senado.

En esta época escribió para el teatro *Solaces de un prisionero, La morisca de Alajuar* y *El crisol de la lealtad,* concluyendo y dando a luz su obra más popular: los *Romances históricos.*

De nuevo el curso de los sucesos políticos le obligó a alejarse de Madrid para fijar su estancia en Sevilla, donde su infatigable musa le inspiró el juguete que lleva por título *El parador de Bailén* y el drama fantástico *El desengaño de un sueño.* En Sevilla permaneció dos años, pues habiéndole elegido senador por los de 43, tuvo que trasladarse a la corte, donde ocupó la presidencia de la Alta Cámara, hasta que, hallándose en el poder don Luis González Bravo, fué enviado a representar nuestro país en la corte de Nápoles.

De esta época datan sus mejores poesías líricas y el apreciable libro en que se reveló como prosista distinguido e historiador no-

table. *La Historia de la sublevación de Nápoles, capitaneada por Massaniello,* es efectivamente una obra digna de los grandes elogios que se le han tributado.

Concluída su misión en Nápoles, volvió a España, donde se mantuvo hasta cierto punto alejado de la política, hasta que, en 1854, formó con Ríos Rosas, con el general Córdova y algunos otros hombres políticos notables, el ministerio que, creado para prevenir un conflicto, no pudo evitarlo y duró apenas dos días.

Después, y durante el mando del general Narváez, en 1857, fué nombrado embajador en París. Más tarde ocupó la presidencia del Consejo de Estado, puesto que, al agravarse de sus dolencias, tuvo que abandonar, no sin recibir al mismo tiempo como muestra de la alta estimación en que se le tenía, el collar de la insigne orden del Toisón de Oro.

Tal es, en resumen, el cuadro de la agitada y gloriosa vida del hombre eminente cuya pérdida lamentamos hoy como irreparable y cuya memoria se apresuran a honrar de extraordinaria y desusada manera, así las corporaciones científicas que han tenido el honor de contar-

le entre sus individuos, como todos los escritores que veían en él una gloria de la patria, tan respetable por sus talentos como por sus nobles prendas.

Madrid, 1865.

LA PICOTA DE OCAÑA

La hora en que se ve, la luz que recibe, o el horizonte sobre que se dibuja, modifican hasta tal punto las apariencias de un mismo objeto, que sería difícil fijar su verdadero carácter aislándole del fondo que le rodea o contemplándole bajo otro punto de vista del que le conviene.

Saliendo de la villa de Ocaña, por el lado que conduce a las eras, en uno de esos calurosos días de julio en que sólo cuando declina el sol y se levanta el aire fresco de la tarde es posible respirar fuera del recinto de las poblaciones, sorprende el animado cuadro que presenta la inmediata llanura.

Por un lado se descubre la hilera de casas, cercas y bardales de los barrios extremos de la población, entre cuyos rojizos tejados asoman los chapiteles de las torres, las espadañas de las iglesias, y, de trecho en trecho, el almenado lienzo de un muro: por otro se ve el espacio que constituye las eras, limitada

llanura formada por la meseta de una suave colina: al fondo se desenvuelve la línea azul de los montes lejanos, bañada en un luminoso y encendido vapor que vela los contornos y los colores con una tinta general dulce y armoniosa.

Diseminados acá y allá en pintoresco desorden, animan el paisaje numerosos grupos de figuras: campesinos, mujeres, animales que van y vienen ocupados en las faenas propias de un pueblo esencialmente agrícola. Aquí rumian los bueyes acostados junto a las carretas; allí corren las mulas describiendo un círculo al arrastrar el trillo sobre las parvas; los labriegos aventan el grano, las muchachas cruzan cargadas de haces de espigas, los chicuelos espeluznados y con la cabeza llena de paja, se revuelcan por los montones de trigo. Unos cantan, otros ríen; éstos se llaman con gritos desaforados, aquéllos animan a las bestias con rudas interjecciones; todo es vida y movimiento, colores y luz que se combinan en efectos pictóricos a cual más sorprendentes.

En mitad de este alegre cuadro, dominando los grupos de figuras, cortando las horizontales líneas del fondo y destacándose como perfilado de oro por los rayos del sol poniente sobre el azul del cielo, se levanta un monu-

mento de granito, airoso y elegante, cuyo carácter no es posible definir y cuya destinación se comprende apenas.

Es alto como una mediana torre, esbelto y delgado como una palma; el arte ojival trazó su silueta reuniendo al más puro y ligero de sus contornos góticos los rasgos más sencillos y característicos de su graciosa ornamentación. El tiempo ha completado la obra del artista, prestándole la riqueza de color y la variedad de tonos que los años dan al granito; las mutilaciones propias de las injurias de la edad contribuyen a hacerlo pintoresco; un cabo de enredadera que sale de entre las junturas de los sillares, los jaramagos que crecen al pie y cubren en parte los rotos escalones, el sol que llamea en los abiertos brazos de la cruz de hierro que lo corona, todos son detalles y accidentes que aumentan su hermosura.

Cuando los labradores terminan su ruda tarea, cuando las muchachas han amontonado ya los haces en la parva y el sol prolonga los azules batientes de los objetos, unos tras otros vienen a agruparse al lado del alto pilar, y ya de pie, apoyados en las palas y las horquillas, ya sentados en los escalones aspirando la fresca brisa que enjuga el sudor

de sus frentes, relatan cuentos de príncipes y encantadores o graciosos chascarrillos que son acogidos por la multitud con exclamaciones de asombro o risotadas interminables.

Difícil sería que el espectador de esta égloga, examinando el monumento, punto de reúnión de los tranquilos campesinos, presintiese su historia, fijase su carácter o adivinase el pensamiento a que obedeció el artista al levantarlo.

El transcurso de las edades y la variación de las costumbres han despojado aquel sitio de su sello histórico.

Hace algún tiempo el caminante que caballero en su mula llegase a la villa de Ocaña por la parte de las eras, si se había retrasado en el camino hasta el punto de entrársele la noche nebulosa y triste, no podría menos de hacer la señal de la cruz, murmurar una oración y tirar de rienda a su cabalgadura para desviarse de aquel sitio.

Alto, delgado e inmóvil como un fantasma, vería destacarse sobre el anubarrado cielo de la noche, rompiendo la dentellada línea de casas de la población, un monumento de piedra semejante a esas columnas que permanecen de pie y aisladas entre las ruinas de un templo. Si la medrosa soledad de sus contor-

nos, si el sordo aleteo de las aves de rapiña que venían a detenerse sobre la cruz del remate, si su forma particular e imponente no bastaban a hacerle comprender lo que aquello era, una cabeza separada del tronco, greñuda y horrible, metida dentro de una jaula de hierro, un miembro humano enganchado en un garfio, o el enjuto cadáver de un hombre suspendido aún de la cuerda y bamboleándose lentamente al soplo del aire de la noche, le dirían bien pronto que había dado de manos a boca con la picota del lugar.

La picota, como cuestión de arte, es la horca elevada a monumento, la columna triunfal erigida en honor del verdugo.

Los señores que ejercían jurisdicción y señorío en un lugar la colocaban en otros tiempos a la entrada, como señal de dominio. ¡Cuántos dolores, cuántas infamias, cuántas ignominias se han atado a esos pilares de piedra que aún puede ver el viajero en la mayor parte de nuestras pequeñas poblaciones! ¡Cuánta sangre ha chorreado a lo largo de esos obscuros postes por donde hoy trepan los tallos de las enredaderas silvestres!

El aldeano que apenas recuerda confusamente la tradición, que no comprende lo que significa el castillo que todavía domina las

casucas del lugar, agrupado a sus pies; que no sabe cuántas obscuras generaciones pasaron humillando la frente ante aquel signo de fuerza, viene en la tarde a sentarse indiferente junto a la picota; las muchachas refieren cuentos agrupadas en sus escalones; los chicos trepan a la cúspide a coger los nidos de los pájaros; ¿qué más? ¡Hasta en un pueblo he visto hacer en ella un columpio!

Hay algo providencial en ese olvido que borra el pasado de la memoria de las masas, ahogando así los gérmenes de muchas violencias, de muchos odios y de muchos sombríos pensamientos. Por eso a solas conmigo me he preguntado más de una vez si será o no conveniente remover lo que duerme en el fondo de la conciencia del pueblo, hablándole de cosas que sólo puede perdonar olvidándolas.

ENTERRAMIENTOS DE GARCILASO DE LA VEGA Y SU PADRE

EN TOLEDO

En una de las iglesias de Toledo más llenas de obras de arte y recuerdos históricos, hay al extremo de la nave lateral de la derecha una capilla obscura y de reducidas proporciones, a la que da entrada un gran arco redondo y macizo de estilo greco-romano.

En el testero de la capilla se levanta el altar, en cuyo retablo, cargado de adornos de gusto dudoso, pero ricos, se descubre la imagen de la Virgen que le da nombre. La luz que penetra por la cúpula del templo y se derrama suave y templada por su espacioso ámbito, llega allí cansada y confusa, y sus reflejos azules se mezclan con la claridad rosada de un trasparente de color que ocupa el fondo del camarín de la Virgen, sobre el cual destaca por obscuro el contorno de la santa imagen. La primera vez que visité el convento a que pertenece esta iglesia, ni sabía su nombre ni mucho menos los

tesoros de arte que encerraban sus muros. Cansado de dar vueltas al azar por las calles de Toledo, acerté a pasar por una plazuela tan excusada y sola, que la hierba crecía entre las piedras como en un prado. Vi a medio cerrar el postigo de un templo, y entré en él, como entraba y salía por todos los que me iba encontrando en el camino.

El día estaba al caer, y en el interior reinaba el silencio más profundo, turbado sólo por el ruido de los pasos de una especie de sacristán que iba y venía a lo largo de las naves, limpiando el polvo de los altares, arrastrando de acá para allá los bancos del coro, y atizando las lamparillas de un vía-crucis.

Largo tiempo estuve examinando algunos sepulcros notables esparcidos en diferentes puntos de la iglesia, tratando de descifrar sus borrosas inscripciones a la escasa luz que penetraba por los vidrios de la cúpula. Creía encontrarme solo en aquel sitio, sin otro compañero que el diligente sacristán, que no se daba punto de reposo en la operación de su minuciosa limpieza más que para hacer una genuflexión delante de cada altar de los que iba sacudiendo.

No obstante, al cabo de algunos minutos

me pareció oir hacia el más apartado ángulo del templo un murmullo levísimo; especie de confuso silabeo como de persona que reza en voz baja y sólo deja percibir a distancia el silbo suave de las eses que pronuncia.

Yo he oído muchas veces ¿quién no lo ha oído alguna vez?, rezar a media voz a esas viejas devotas que, temblándoles la barbilla y arrebujadas en un manto de bayeta negra, turban el grave silencio del santuario con una especie de salmodia risible, mezcla confusa de palabras gangosas, silbos ásperos que se escapan por entre las desiertas encías, suspiros y gimoteos. Comprendí que alguien, una mujer acaso, rezaba envuelta entre las sombras del templo; pero lo comprendí recordando lo que había oído otras veces, como podría reconocer a una persona de la que sólo hubiera visto antes la caricatura. En efecto, aquel rumor era en algo parecido; pero tenía notas y modulaciones de agua que corre, de seda que cruje, de alas que baten el aire.

Movido de la curiosidad, di algunos pasos en la dirección que lo percibía, y entré en la capilla. Entonces pude corroborar mi opinión de que, para ver a Toledo y sentirlo y sorprender esos cuadros que nos impresionan por su novedad o su belleza, vale más discu-

rrir sólo y sin rumbo fijo por sus calles, a lo que la casualidad ofrezca, que no recorrerlo a escape con un ignorante cicerone, especie de moscardón de las ruinas, que se os cuelga a la oreja zumbando sandeces.

El altar, de trazo grande y ornamentación fastuosa, bañado en la sombra del batiente del arco, dejaba ver en su centro un luminoso óvalo de claridad rosada, en el cual se dibujaba la imagen de la Virgen como esas figuras que destacan por obscuro sobre el fondo de oro de las tablas de los antiguos maestros alemanes. La luz del trasparente venía a dar sobre el muro de la derecha, sobre una amplia hornacina, en cuyo hueco se contemplaban dos figuras colosales de guerreros completamente armados, que de rodillas y con las manos juntas en actitud de orar, tenían sus ojos sin pupila vueltos hacia la imagen.

La diáfana claridad del tabernáculo y la fantástica blancura de las estátuas absorbían de tal modo la atención, que al principio, y como no cesaba el murmullo de palabras que me había llevado hasta aquel sitio, me hice un momento la ilusión de que se escapaba de los labios de piedra de aquellos inmóviles personajes.

Poco a poco logré darme cuenta de lo que me rodeaba, y entonces vi a una mujer arrodillada al pie del sepulcro. Yo no he soñado esa mujer. Viva y sana anda por Toledo: hermosa, alta, severa, que parece una figura bajada del pedestal de un claustro gótico. La he visto después en muchas ocasiones, en las iglesias la mayor parte de ellas, en la calle algunas otras, y siempre me ha parecido extraordinaria, como conjunto maravilloso de líneas puras y correctas; pero nunca, cual entonces, pude sentir toda la inexplicable poesía que irradia y la hace aparecer encarnación humana del mundo de idealidad que vive en Toledo; flor pálida de las minas, que en medio de su juventud y belleza tiene algo de severo y triste, y se antoja un espíritu del pasado que viene al través de los siglos revistiendo diversas formas, y es como el alma inmortal de la ciudad muerta.

Yo tenía la noticia vaga de que en una de las iglesias de Toledo se hallaban los sepulcros del dulce poeta Garcilaso de la Vega y de su valeroso padre. ¿Dónde? No lo sabía. Esperaba encontrarlos en alguna de mis excursiones y conocerlos, bien por la inscripción, bien por el caracter de las figuras. La hornacina en cuyo hueco estaban arrodilla-

das las dos estátuas carecía de inscripción; en el muro no se encontraban tampoco. No obstante, la armónica y misteriosa relación de los objetos que componían el cuadro que se ofrecía a mis ojos, me reveló que aquellos eran los sepulcros del guerrero y del poeta.

Involuntariamente me acordé de la Vega granadina y del sol espléndido que iluminó el famoso combate de García Laso *el de la hazaña,* cuando en presencia de los Reyes Católicos hizo morder el polvo al infiel, que por el polvo arrastraba el santo nombre de María. Este es, dije, aquel poeta en acción, que si no hizo versos, dió amplio asunto a la musa popular con su caballeresca empresa. ¿Es que ilustró su vida con una alta empresa, llevando por dama de su pensamiento a la Reina de los Angeles donde podía dormir el sueño de la muerte, si no a la sombra de su altar, vestido de la armadura y vuelto aún hacia ella en muda y eterna oración? Y aquel otro más alto y joven a cuyos pies murmura aún sus rezos una mujer hermosa, ese, proseguí pensando, ese es el que cantó *el dulce lamentar de los pastores,* tipo completo del siglo más brillante de nuestra historia. ¡Oh! ¡Qué hermoso sueño de oro su vida! Personificar en

sí una época de poesías y combates, nacer grande y noble por la sangre heredada, añadir a los de sus mayores los propios merecimientos, cantar el amor y la belleza en nuevo estilo y metro, y como más tarde Cervantes, y Ercilla, y Lope, y Calderón, y tantos otros, ser soldado y poeta, manejar la espada y la pluma, ser la acción y la idea, y morir luchando para descansar envuelto en los jirones de su bandera y ceñido del laurel de la poesía a la sombra de la religión en el ángulo de un templo!

¡La luz de la lámpara que alumbra la santa imagen tiembla hace siglos sobre tu noble frente de mármol, y entre la sombra parece que aún chispea tu blanca y fantástica armadura! ¡Ni una letra, ni un signo que recuerde tu nombre! ¿Qué importa? ¡El curioso vulgar pasará indiferente junto a la tumba en que reposas; pero nunca faltará quien te adivine, nunca faltará alguna mujer hermosa que arrodillada en ese rincón, tan propio para la oración y el recogimiento, venga a rezar a tus pies, regalándote el oído con la música de sus dulces y fervorosas palabras!...

En esto cerró la noche; la hermosa devota se levantó y se fué... andando sin duda... a

mí me pareció entonces que deslizándose sin tocar el pavimento de la iglesia, como una forma leve que empuja el aire: el sacristán, que había terminado su limpieza, comenzó a sonar el manojo de llaves, como diciéndome de modo indirecto que comenzaba a estorbar en el templo. Salí y me encaminé a la fonda. ¿Había visto, en efecto, el sepulcro de Garcilaso? ¿O era todo una historia forjada en mi mente sobre el tema de un sepulcro cualquiera? Tenía un medio de salir de dudas: consultar la guía del forastero en Toledo. Pero temía equivocarme. Después de todo, yo no trataba de hacer un estudio serio de la población, ni de pertrecharme de datos eruditos. Tanto me importaba creer que lo había visto, como verlo.

No obstante, después de vacilar un rato, resolví salir de la duda; abrí el librito y leí:

«En el convento de San Pedro Mártir de »Toledo y en la capilla de la cabecera de »la nave lateral derecha, en que hay un »altar churrigueresco con la imagen (muy »venerada en esta ciudad) de la Virgen del »Rosario, se hallan empotrados en el muro »los sepulcros del poeta Garcilaso de la Vega »y de su valiente padre, del mismo nombre,

»cuyas dos estatuas de mármol, armadas a »la antigua y arrodilladas hacia el altar, no »carecen de mérito.»

.....

.....

Ultimamente, los restos del ilustre soldado y poeta fueron conducidos en pública procesión a la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, donde esperan en un rincón de la sacristía la resurrección de la carne y un monumento en el panteón nacional.

UNA CALLE DE TOLEDO

DISCURRIENDO al azar por entre el confuso laberinto de calles de la antiquísima ciudad de Toledo, el artista, el historiador y el poeta encuentran en los detalles de sus edificios, en los grandes nombres que conmemoran y el sentimiento que inspiran, el más curioso de los Museos, la más interesante de las crónicas y la más pura fuente de melancólicas y altas inspiraciones.

El dibujo que damos a nuestros lectores, recuerdo de uno de estos paseos por las desiertas calles de la ciudad histórica por excelencia, es cumplida prueba de lo que dejamos dicho.

En el fondo se destaca sobre los redondos arcos del pórtico de una iglesia, cuya última restauración se remonta al siglo XVI, la torre alta y airosa que en su tipo y ornato ofrece clara muestra del visible influjo de la dominación árabe. A un lado y contra el desnudo paredón del ábside de un convento, se ve la cruz colosal que expresa con líneas más sobrias y grandes el mismo pensamiento reli-

gioso que llenó en una época de churriguerescos retablos las esquinas de las calles de nuestras antiguas poblaciones. Al otro, completa el cuadro el muro y la portada de granito de una noble casa, solar de un esclarecido linaje.

El artista no necesita preguntar el nombre de aquellos edificios, ni conocer las circunstancias de su construcción o los sucesos de que han sido teatro, para encontrar un cuadro completo en la combinación de sus caprichosas líneas, su color y detalles.

Pero llega el historiador. El nos refiere que aquel templo fué primero mezquita de los moros los cuales la conservaron dedicada a la celebración de sus ritos aun después de reconquistada la ciudad. Por él sabemos cómo más tarde se consagró al culto católico bajo la advocación de San Román, que hoy conserva, reedificándola y levantando su airosa torre muzárabe el célebre prócer castellano don Esteban de Illan, el cual, ayudado de los Benavides y de otros caballeros de linajes ilustres de Toledo, en una noche del verano de 1166, después de haberle sacado ocultamente de la villa de Maqueda, donde le criaban los secuaces del bando de los Castros, encerraron en ella al niño Rey don

Alfonso VIII, proclamándolo mayor de edad desde lo alto de sus ajimeces, en los cuales amaneció ondeando el pendón de Castilla, mientras los heraldos anunciaban la nueva a la atónita población, que no esperaba que sus sangrientas disensiones tuvieran aquel rápido desenlace.

Esta es, nos dice luego, la casa del famoso don Esteban, en la cual es tradición vivió asimismo el dulce poeta Garcilaso: el tiempo, al borrar el sello de las remotas edades del exterior del edificio, ha respetado en el interior una magnífica sala morisca, ornamentada conforme al gusto muzárabe tan usado por los conquistadores, y algunos escudos y timbres heráldicos que traen a la memoria el nombre de sus ilustres dueños.

Aquel ábside, añade por último, pertenece al convento de monjas bernardas de San Clemente, fundado en el siglo XII por D. Alonso el Emperador, y bajo cuyas bóvedas duerme el sueño de la muerte su hijo el infante don Fernando.

¡Qué grandes proporciones, qué imponente poesía adquiere entonces a nuestros ojos aquella estrecha y solitaria calle que antes sólo se nos antojaba un cuadro pintoresco, y ya es una página viva de nuestra historia!

SOLAR DE LA CASA DEL CID

EN BURGOS

MERCED a la exageración que traen consigo todas las reacciones, al abandonar el sendero de la tradición y las autoridades, para aplicar un criterio razonador y filosófico al estudio de la Historia, se ha llevado por algunos el espíritu de duda hasta el extremo de combatir como apócrifo cuanto no se apoya en documentos fidedignos o no puede probarse de manera auténtica.

Verdad es que las indagaciones históricas de los que se ajustan a los rigurosos preceptos de esta escuela, han dado y dan resultados positivos y satisfactorios, siempre que se trata de épocas relativamente próximas y acerca de las cuales tantos y tan ricos tesoros de noticias y documentos guardan nuestros archivos; pero, en cambio, ¿qué desencantos no proporcionan, cuántos desalientos no originan en el que, a medida que se remonta, siente más insegura la base en que descansan sus razonamientos, acabando por

averiguar como lo que en siglos lejanos fué opinión de un cronista crédulo, pasa repetido de autor en autor a la categoría de autoridad, hasta que concluye transformándose en artículo de fe en la obra del historiador más sesudo?

No es, pues, extraño que los que a este criterio se ciñen duden de todo, y para ellos acabe la historia allí donde se pierde el rastro del último pergamino que la confirma.

Acostumbrados a pensar en el aislamiento del gabinete, con la frialdad y la calma del crítico, la tradición les habla un lenguaje absurdo, al que prestan escasísima fe. No obstante, la tradición es un elemento importantísimo y del cual no puede prescindirse del todo, so pena de caer en un escepticismo acaso más peligroso que la misma credulidad. Lo que precisa es saber desembarazar la tradición del follaje de exageraciones que la adorna y la ofusca; lo que falta es ir a respirar su atmósfera en los lugares en que nació y vive aún en la fantasía del pueblo, y poder así apreciar los quilates de verdad que encierra, adquiriendo el convencimiento de la intuición que se siente, aunque no se razona, y hace tanto peso en el ánimo como el más auténtico de los comprobantes.

Tal vez por no haber concedido a este elemento de la Historia la debida importancia, acaso por un espíritu exagerado de duda, o sólo por chocar con la corriente de la opinión pasando por originales y atrevidos, no han faltado, así en nuestro país como fuera de él, escritores que, después de desvirtuar los hechos más característicos de la Historia, han concluído negando sus héroes más gloriosos.

Pelayo y Covadonga son para ellos poco menos que los elementos de una conseja; Bernardo y Roncesvalles el asunto de la cántiga de un juglar; el Cid Campeador una figura creada por los romanceros.

Los que estas opiniones sostienen, de seguro no han contemplado la tosca piedra que guarda los despojos del restaurador de España en el cóncavo peñón, gloria de Asturias; no han oído la tradición de la rota de los franceses en boca de su guía al cruzar los Pirineos por el tajo de Roldán, ni han visto siquiera las calles de Burgos: de otro modo su erudito escepticismo hubiera al menos vacilado ante la firmísima fe de la tradición popular.

La existencia del Cid, la más acabada y perfecta figura entre las varias de que la

Historia nos ha consignado el nombre, y el pueblo se ha encargado después de completarla con todos sus detalles, no es ya objeto de controversia ni seriamente lo ha podido ser nunca; pero aunque fuera aún más difícil probar la autenticidad de sus hechos, bastaría recorrer los lugares que la tradición señala como teatro de su vida para adivinarlo y sentirlo.

Cuando nos pintan al héroe con tal acento y color que no parece sino que le han visto con sus ojos, cuando, siguiéndole paso a paso desde la cuna al sepulcro, nos refieren hasta los menores detalles de su vida y nos dicen aquí nació, allí vivió Jimena, esta es el arca que guardó su palabra que equivalía a un tesoro, aquellas son las banderas y trofeos que arrancó a los árabes vencidos, la de más allá es su espada, éstos, en fin, son sus despojos mortales, involuntariamente asoma una vaga sonrisa de incredulidad a los labios, y ocurre pedir el testimonio en que se fundan aquellas creencias; pero a poco que se medite, esta ciega fe, este mismo lujo de detalles, hijos de la imaginación del pueblo, revelan poderosamente la vitalidad del personaje que palpita al través de sus creaciones, que son como un ropaje espléndido te-

jido por los romanceros, por debajo del cual se acusan las formas y se siente que hay una figura real y positiva.

Es casi seguro que si tratáramos de investigar seriamente si la casa del Cid estaba o no en el sitio que los burgaleses han señalado con el sencillo monumento, sería empresa difícil probarlo. Pero el que recuerda el magnífico romance

En Burgos nació el valor...

y halla en uno de sus paseos solitarios aquellas piedras que le hablan de la Historia, que son un tributo de admiración hacia el más caballeresco de nuestros héroes, que prestan poesía e interés a aquel campo escueto y mudo, ¿qué necesidad tiene de preguntar a los empolvados archivos si guardan algún testimonio auténtico de la veracidad del hecho, para sentir y pensar, levantando la mente a la contemplación de aquellos siglos de rudo valor, de ciega fe y lealtad inquebrantable?

Si la tumba, el solar de la casa o el sitio en que ocurrió la muerte de algunos de nuestros grandes hombres, pudieran aún inventarse, nosotros aplaudiríamos al que los inventara; ¿por qué hemos de contribuir al desprestigio de los que ya están inventados?

SEPULCROS DE LOS CONDES DE MELITO, EN TOLEDO

El campo más vasto para una publicación ilustrada española, es seguramente la reproducción de los infinitos monumentos de todas épocas y estilos que se encuentran diseminados hasta por las más obscuras poblaciones de nuestras provincias, muchas de las cuales no ofrecen otro atractivo a los ojos del artista y del viajero.

En otros países, multitud de publicaciones de diversos géneros, viajes, trabajos arqueológicos, y muy particularmente la fotografía, han agotado casi por completo el asunto. A pesar de que en España se ha hecho algo en este sentido, es tanto lo que permanece ignorado, que bien puede decirse que aún se conserva intacto su tesoro, al menos en la parte que suele ofrecer más novedad e interés para las personas inteligentes.

La fotografía, como el viajero conducido por un *cicerone* vulgar, suele recorrer tan sólo aquellos puntos marcados de antemano,

reproduciendo vistas y edificios de los que, si no cabe hastiarse, porque, en efecto, son de incomparable hermosura, se han hecho ya comunes a fuerza de ver siempre repetida la misma cosa bajo idéntico punto de vista. Cierto que para abarcar grandes conjuntos con esa prolijidad de detalles que ofrecen algunos monumentos, la fotografía lleva en ocasiones inmensa ventaja al arte; pero, por lo común, su impresión deja traslucir algo de la aridez y la prosa de un procedimiento mecánico e ininteligente, faltando en sus producciones ese sello de buen gusto, ese tacto para dejar o tomar aquello que más conviene al carácter de la cosa, ese misterioso espíritu, en fin, que domina en la obra del artista, la cual no siempre hace aparecer el objeto tal cual realmente es, sino como se presenta a la imaginación, con un relieve y acento particular en ciertas líneas y detalles que produce el efecto que sin duda se propuso su autor al concebirlo y trazarlo.

A más del discernimiento superior que guía el lápiz del dibujante para buscar, entre los numerosos monumentos que nos han dejado nuestros mayores como testimonio de su grandeza, aquellos rasgos y accidentes que mejor caracterizan una época o un estilo; a

más de la suma de conocimientos que posee acerca del particular y le ayudan a inquirir los más obscuros e ignorados, y a saber qué elementos necesita el pintor para sus fondos, el arqueólogo para sus estudios, el historiador para la inteligencia de sus escenas, aún tiene otra ventaja y es la de poder reproducir todo lo que por el punto en que se encuentra, la falta de luz apropiada o de distancia suficiente sale del dominio de la fotografía.

En los moriscos arcos de las casas que aún se ven en las torcidas y estrechas callejas de las antiguas poblaciones; en el ángulo de los templos adonde penetra con dificultad la luz al través de los vidrios de la ojiva; en el interior de las habitaciones de esos palacios levantados sobre las ruinas de otros edificios notables y que son una agregación de construcciones de diferentes y remotas épocas; por todos aquellos sitios a que lleva el aficionado su entusiasmo por las obras que revelan el carácter y el espíritu de otras edades, recoge infinitos datos importantes y apunta, aunque ligeramente, esos rasgos llenos de verdad y carácter que tanto nos deleitan, cuando examinamos la cartera de viaje de un artista.

La ciudad de Toledo, sin duda alguna la más visitada por nacionales y extranjeros y de la que más se ha dibujado y escrito, brinda aún cosecha abundante a los que se dediquen a estos estudios, ya en los detalles de los mismos edificios que tan a menudo se reproducen, ya en otros al parecer de menos importancia por sus proporciones, pero que a veces ofrecen mayor interés por el carácter o la ejecución.

Entre ellos se encuentran dos notables sepulcros, que forman un solo monumento y cuya armoniosa disposición y elegante contorno sorprende a primera vista y pertenecen a don Diego de Mendoza, conde de Melito, y a su mujer, doña Ana de la Cerda, personajes que desempeñaron un papel muy importante en el siglo XVI, con razón llamado de oro de las letras y las artes españolas. Antiguamente se encontraba en la iglesia del convento de Agustinos Calzados de Toledo; pero al derribar este edificio, lo trasladaron, no sin que sufriera algunas graves mutilaciones, a la de San Pedro Mártir, en una de cuyas naves se encuentra en la actualidad.

En el convento de San Pedro Mártir, acaso el más grande, rico y espacioso de Toledo, se halla establecida la casa de Beneficencia

provincial, y en su iglesia se ven reunidos numerosos y curiosos restos recogidos de diferentes ruinas, tales como sepulcros, lápidas e inscripciones referentes a personajes notables y poderosos.

Cuando se penetra bajo sus bóvedas y se descubren por un lado el pendón que llevaba a los combates el famoso cardenal Mendoza, también traído aquí de otro templo, las mutiladas urnas sepulcrales de los próceres toledanos y las lápidas en que hablan de su poder y sus títulos, mientras por otro se ven arrodilladas acá y allá las infelices criaturas que viven de la caridad oficial, no puede menos de pensarse en el extraño destino de aquel inmenso edificio que, una vez abandonado por sus fundadores, ha venido a ser un doble asilo de las glorias del pasado y de la miseria del presente.

A P O L O G O

BRAHMA se mecía satisfecho sobre el cáliz de una gigantesca flor de Loto que flotaba sobre el haz de las aguas sin nombre.

La Maija fecunda y luminosa envolvía sus cuatro cabezas como con un velo dorado.

El éter encendido palpitaba en torno a las magníficas creaciones, misterioso producto del consorcio de las dos potencias místicas.

Brahma había deseado el cielo, y el cielo salió del abismo del caos con sus siete círculos y semejante a una espiral inmensa.

Había deseado mundos que girasen en torno a su frente, y los mundos comenzaron a voltear en el vacío como una ronda de llamas.

Había deseado espíritus que le glorificasen, y los espíritus, como una savia divina y vivificadora, comenzaron a circular en el seno de los principios elementales.

Unos chispearon con el fuego, otros giraron con el aire, exhalaron suspiros en el agua o estremecieron la tierra internándose en sus profundas simas.

Visnú, la potencia conservadora, dilatándose alrededor de todo lo creado, lo envolvió en su ser como si lo cubriese con un inmenso fanal.

Siva, el genio destructor, se mordía los codos de rabia. El lance no era para menos.

Había visto los elefantes que sostienen los ocho círculos del cielo, y al intentar meterles el diente, se encontró con que eran de diamante; lo que dice sobrado cuán duros eran de roer.

Probó descomponer el principio de los elementos y los halló con una fuerza reproductora tan activa y espontánea, que juzgó más fácil encontrar el último punto de la línea de circunferencia.

De los espíritus no hay para qué decir que en su calidad de esencia pura burlaron completamente sus esfuerzos destructores.

En tal punto la creación, y en esta actitud los genios que la presiden, Brahma, satisfecho de su obra, pidió de beber a grandes voces.

Diéronle lo que había pedido, bebió, y no debió de ser agua, porque los vapores, subiéndosele a la cabeza, le transtornaron por completo.

En este estado de embriaguez deseó alguna cosa muy extravagante, muy ridícula, muy pequeña; algo que formara contraste con todo lo magnífico y lo grandioso que había creado: y fué la humanidad.

Siva se restregó las manos de gusto al contemplarla.

Visnú frunció el ceño al ver encomendada a su custodia una cosa tan frágil.

Los hombres, en tanto, andaban mustios y sombríos por el mundo, ocultándose avergonzados los unos de los otros, cerrando los ojos para no ver a su alrededor tanto grande y eterno, y no compararlo involuntariamente con su pequeñez y su miseria.

Porque los hombres tenían la conciencia exacta de sí mismos.

—¿Queréis acabar de una vez con vuestros males?—les dijo Siva—. ¿Queréis morir?

—Sí, sí—exclamaron todos en tumulto—. ¿Para qué queremos este soplo de existencia?

—Yo soy un estúpido, lo sé, y me avergüenzo de mi barbarie—decía uno.

—Yo soy deforme—añadía el otro—, y me entristece el espectáculo de mi ridiculez. .

—Y tenemos estas y estas faltas y aquellas y las otras miserias—proseguían diciendo los demás, enumerando el cúmulo de males y de-

fectos de que entonces, como ahora, se hallaban plagados los hombres.

—Es cosa hecha—dijo Siva, viendo la decisión de la humanidad entera.

Y levantó la mano para destruirla; pero en aquel instante se interpuso Visnú.

—Esperad un día—exclamó dirigiéndose a los hombres—, un día no más. Voy a daros a beber un elixir misterioso. Si mañana, después de haberlo bebido, queréis morir, que vuestra voluntad se cumpla.

Los hombres aceptaron y Siva dejó su presa, refunfuñando entre dientes, porque conocía el ingenio y la travesura de su competidor.

Visnú, que, efectivamente, era hombre, digo mal, era dios de grandes recursos en las ocasiones críticas, se las compuso de manera que a las pocas horas tenía ya hecho y embotellado su elixir, en tal cantidad, que tocó a frasco por barba.

Pasó la noche, durante la cual los hombres no hicieron otra cosa que sorber por la nariz aquella especie de éter mágico; y cuando tornó a brillar la luz, vino Siva de nuevo a renovar sus proposiciones de muerte.

Los hombres, al oirle, comenzaron por maravillarse y acabaron por reírsele en las barbas.

—¡Morir nosotros—exclamaron—, cuando

un porvenir inmenso se abre ante nuestra vista!

—Yo—decía el uno—voy a conmover el mundo con la fuerza de mi brazo.

—Yo voy a hacer mi nombre inmortal en la tierra.

—Yo a avasallar los corazones con el encanto de mi hermosura.

Y así todos iban repitiendo:

—¡Morir yo que siento arder en mi frente la llama del genio; yo, que soy fuerte; yo, que soy hermoso; yo, que seré inmortal!

Siva no daba crédito a sus ojos, y unas veces le daban ganas de rabiar y otras de reir a carcajadas ante el espectáculo de tan ridícula transformación. En aquel momento pasaba Visnú a su lado y el genio destructor no pudo menos de dirigirle estas palabras:

—¿Qué diantres les has dado a esos imbéciles, que ayer estaban todos mustios, cabizbajos y llenos de la conciencia de su pequeñez, y hoy andan con la frente erguida, burlándose los unos de los otros, creyéndose cada uno cual un dios?

Visnú, con mucha sorna, y dándole un golpecito en un hombro, se inclinó al oído de Siva y le dijo en voz muy baja:

—Les he dado el amor propio.

LA RIDICULEZ

La ridiculez es un accidente moderno en la historia de las costumbres.

Merced a sus revoluciones internas, los pueblos, como los individuos, suelen cambiar de temperamento más de una vez en su vida.

En estos cambios el virus social toma diversas formas para manifestarse.

A nosotros nos ha tocado la manía de la ridiculez por azote.

Antes de seguir hablando sobre la ridiculez, parecía natural que procediera a definirla exactamente.

Cansados de darle muchas vueltas al asunto cuantos han tratado de definir la gracia, han concluído por ponerse de acuerdo en que es un *no sé qué* inexplicable.

Y después de esta verdad inconcusa no se ha enontrado definición más exacta.

Pues hallo la fórmula, a ella me ajusto.

La ridiculez, como la gracia, es un *no sé qué* indefinible.

¿Quién sabe, si no, en qué consiste, cuál es su forma de manifestación, dónde comienza, dónde concluye?

Se ha dicho, sin embargo, que la gracia es la luz de la fisonomía.

Esto no es una definición, es una frase; pero la frase es bonita y ha hecho fortuna, lo cual prueba que, como las tortas, a falta de pan, son buenas las frases a falta de definiciones.

Puesto en este camino mi tarea se simplifica extraordinariamente.

La ridiculez es una cosa horrible que hace reir.

Es algo que mata y regocija.

Es Arlequín que cambia su espada de madera por otra de acero, asesina con ella en broma y dice después a su víctima una bufonada por toda oración fúnebre.

Es Mefistófeles, con peor intención y menos profundidad, que se burla de todo lo santo.

Es Falstaf, menos filósofo y más raquítico, que empequeñece todo lo grande.

Se suele decir que un paso más allá del sublime está el ridículo.

Esta es también una frase.

Tanto valdría afirmar que el agua del universo hay que buscarla en la tinaja de mi cocina.

El ridículo se encuentra un paso más allá del sublime, porque se encuentra un paso más allá de todo.

Y, lo que es peor, un poco más acá también.

Es un monstruo que nos tiene tendida una red inmensa y oculta.

Un enemigo artero que se esconde detrás de nuestras más sencillas acciones, de nuestras palabras más inocentes, de nuestros movimientos más insignificantes.

Todos andamos temblando con el miedo de caer en su celada.

Todos vivimos con la angustia de *Damocles* y del *Licenciado Vidriera,* temiendo que se rompa el hilo que suspende el ridículo sobre nuestra cabeza y nos atraviese como con una espada o nos quiebre como con un canto caído de una torre.

Y no es extraño este exagerado temor.

La ridiculez, como dejo dicho, es la muerte social.

Una muerte dolorosa y cómica por añadidura.

Contra este veneno se ha encontrado, no obstante, un específico.

Pero en este caso sí que puede decirse que es peor el remedio que la enfermedad.

La ridiculez se cura con sangre.

Es preciso espantar si no se quiere hacer reir.

Una vez erizada la sociedad de estos escollos, los hombres, como los navegantes, debiéramos tener una carta hidrográfica para navegar por sus aguas sin peligro.

Yo sé, próximamente, lo que es bueno y lo que es malo.

Yo sé lo que se castiga y lo que se premia.

La religión tiene su catecismo.

La sociedad, sus leyes civiles y criminales.

Nadie conoce, sin embargo, el código de la ridiculez.

Nadie, aunque quisiera, podría atenerse a la ley escrita.

¿Cómo distinguirla, pues?

¿Cómo evitarla, si nada hay más elástico que su círculo de acción?

Es ridículo desde el pobre diablo que lleva una levita de hechura atrasada, hasta el esposo a quien arrebatan su honor.

Quitad el desenlace a *El médico de su honra* y queda el protagonista en ridículo.

Dadle un fin trágico a *El lindo don Diego* y lo convertís en un personaje decoroso.

La teoría del ridículo, sentada sobre esta base, no dejaría de ser un tanto peligrosa.

¿En qué consiste, entonces, la ridiculez?

Entran en su dominio las lágrimas de sentimiento y la hechura de ciertos cuellos de camisa.

La turbación del amante y la manera de andar de ciertas personas.

La sencilla franqueza del hombre honrado y tal o cual corte de gabán.

Lo que he observado es que los bribones y los truhanes son los únicos que nunca se encuentran en ridículo.

Y, sin embargo, se dice que el ridículo es peor que la muerte.

Y, sin embargo, el estar o no en ridículo es independiente de nuestra voluntad, porque nos puede poner el primero a quien se le antoje.

Cuando se para mientes en estos absurdos de la vida, se cree que la lógica se ha hecho para entretenimiento de los escolares.

El sistema decimal hará uno, con el tiempo, los diversos sistemas de monedas, pesos y medidas del mundo.

Un idioma universal acabará, más tarde o

más temprano, por hacer que todos los hombres se entiendan entre sí.

En las apreciaciones sociales nunca dejará cada uno de ver las cosas por un prisma diferente.

«Dadme un punto de apoyo—decía Arquímedes—y moveré el mundo.»

Dadme una verdad social, digo yo, y, partiendo de ella, las hallaré todas, y daré, como Moisés, unas tablas de la ley, y haré de la tierra un paraíso.

Quizá por esta última razón estaremos condenados a buscarla eternamente sin hallarla nunca.

EL PORDIOSERO

TIPO TOLEDANO

El estudio de las costumbres populares de un país ofrece siempre grande interés a las personas ilustradas. Ya se las mire bajo el punto de vista del arte, buscando en ellas lo mucho que tienen de pintoresco, ya se las considere como datos preciosos para construir el pasado, del cual guardan huellas tan visibles, nunca se encarecerá bastante la atención con que artistas, eruditos e historiadores deben detenerse a analizar las curiosas analogías que se hallan entre los tipos, los usos, los trajes y hasta las ideas de esas masas, que siguen de lejos y lentamente el movimiento de la civilización, con las de épocas apartadas cuyos detalles y rasgos característicos se suelen buscar inútilmente en crónicas y tradiciones.

Pero si siempre es de gran interés este género de estudio, nunca lo será tanto como en los momentos actuales, en que, espectadores de una radical transformación, sólo así

podremos recoger la última palabra de un modo de ser social que desaparece, del que sólo quedan hoy rastros en los más apartados rincones de nuestras provincias, y del que apenas restará mañana un recuerdo confuso.

La irresistible corriente de las nuevas ideas nos empuja hacia la unidad en todo; los caprichosos ángulos de las antiguas ciudades vienen al suelo sacrificados a la línea recta, aspiración constante de las modernas poblaciones; los característicos trajes de ciertas provincias comienzan a parecer un disfraz fuera del obscuro rincón de la aldea; los usos tradicionales, las fiestas propias de cada localidad se nos antojan ridículas. Treinta años faltan al siglo XIX para concluir su carrera; por nuestra parte, creemos que en esos treinta años desaparecerá por completo lo poco que de este género existe y puede aún consignarse para transmitir su recuerdo a los que vendrán tras nosotros, y tal vez culparán nuestra incuria.

No nos falta la fe en el porvenir; cuando juzgamos bajo el punto de vista del filósofo o del hombre político las profundas alteraciones que todo lo transtornan y cambian a nuestro alrededor, esperamos que en un término más o menos distante algo se levantará

sobre tantas ruinas; pero séanos permitido guardar la memoria de un mundo que desaparece y que tan alto habla al espíritu del artista y del poeta; séanos permitido sacar de entre los escombros algunos de sus más preciosos fragmentos, para conservarlos como un dato para la historia, como una curiosidad o una reliquia.

Reuniendo en las columnas de *La Ilustración de Madrid* cuanto nos sea posible allegar referente a monumentos, tipos, trajes y costumbres de nuestras provincias, creemos hacer algo de lo mucho que en este camino podría aún hacerse por nuestros artistas y escritores contemporáneos.

El tipo que ofrecemos hoy, y que nos ha inspirado estas líneas, viene a corroborar la opinión que dejamos consignada. Merced a los esfuerzos de la beneficencia oficial y a los reglamentos de policía urbana, las poblaciones importantes de nuestro país se han visto libres de la nube de pordioseros que en tiempos no muy remotos llenaban sus calles. El mendigo, cuya cabeza típica y pintorescos harapos inspiró a más de un artista fantásticas siluetas, se ha transformado, al contacto de la civilización, en el vulgar acogido de San Bernardino, con su uniforme de bayeta

obscura y su sombrero de hule. Al imponerles la chapa y la guitarra a los que aún permanecen, merced a no sabemos qué privilegio, a las puertas de las iglesias, los han despojado de la originalidad y multitud de atavíos, lesiones, actitudes y arengas en que desplegaban su inagotable fantasía. La mendicidad, que se arrastra siempre en derredor del fausto, ha sido en ciertas edades el rasgo característico de la sociedad española. Desde el lisiado que pedía limosna a Gil Blas con el trabuco, hasta el sopista que seguía una carrera y llegaba a veces a los más altos honores mendigando las sobras de los conventos, nuestro país ha ofrecido tipos de pordioseros tan numerosos y extravagantes, que ni Callot ni Goya los hubieran soñado.

Aplaudimos a la Administración, que hace esfuerzos por remediar este daño, poniéndonos en lo posible al nivel de los países de mayor cultura; pero, no obstante, nos gusta recoger las impresiones que guarda el artista de estos tipos tradicionales, y que hoy sólo en algunas provincias pueden estudiarse con toda su pintoresca originalidad. Tiene el arte no sabemos qué secreto encanto que todo lo que toca lo embellece. Entre cien modelos repugnantes y groseros, sabe, tomando un de-

talle de cada uno, formar un tipo que, sin ser falso, resulta hermoso. Mirado a través de este prisma, no hay asunto que no interese, ni figura que deje de ser simpática.

En algunas de nuestras antiguas ciudades castellanas, cuando la nieve cubre el piso de las revueltas calles y sopla el cierzo haciendo rechinar las mohosas veletas de las obscuras torres, ¿quién no ha visto inmóvil, junto al timbrado arco de una vetusta casa solariega, la figura de un pordiosero que tiende al fin la descarnada mano para llamar a la puerta, cuyos tableros desunidos, grandes clavos y colosales aldabas traen a la memoria las misteriosas puertas de esos palacios deshabitados llenos de encantos medrosos de que nos hablan en los cuentos?

La multitud pasa indiferente al lado de aquella escena; el artista se detiene, herido ante el contraste de tanta miseria junto a tanto esplendor; repara en la armonía de las líneas y en los efectos del color, se siente impresionado como ante un cuadro que pertenece a otra época diferente y ve una revelación de otro siglo y de otra manera de ser social en aquella tradición viva que entra a hablar a su alma por el conducto de los ojos.

LA CRUZ DE MAYO

Con dificultad puede encontrarse un pueblo más apegado a sus tradiciones y costumbres que el pueblo de Madrid. Hablamos del verdadero pueblo. En Madrid hay dos grandes grupos de población: uno de gente febril e inquieta para la que no hay otro calendario que la *Guía,* ni más oráculo que la *Gaceta Oficial;* este grupo de gente oscila al compás de los sucesos políticos, vive en los círculos, en los cafés, en el salón de conferencias, hace cola a la puerta de la tribuna del Congreso, se desespera en la antesala del ministro y lleva sus preocupaciones a la Fuente Castellana, su difícil digestión a los bufos o su ayuno a los bancos de los paseos públicos, donde encuentra lecho; ésta es la gente que vive en el mundo del negocio, de la aristocracia y de la política; turba dorada o miserable de banqueros, títulos, oradores, empleados, escritores, artistas, cesantes y vagos

para los que no hay fiestas, ni estaciones, ni santos, ni apenas día y noche.

Hay otro gran grupo de menestrales, artesanos, de gentes que viven de *esos* oficios sin nombre o no viven de ninguno, que forma otro mundo social, el cual marca como un cronómetro el curso de las horas y los días del año, y enmedio de las mayores preocupaciones y de los más grandes transtornos se acuerda de la fecha de las verbenas, de los días en que se coge la bellota en el Pardo, cuándo florecen las lilas en el Retiro, se visitan los monumentos, se destripan las meriendas en el canal, se celebra el santo patrón, se conmemoran los mártires de la Independencia o se entierra la sardina.

El que ocasionalmente vive en Madrid, o aunque de asiento en él, no traspasa la barrera de ese, no sabemos si medio o cuarto de mundo cortesano que empieza en la Castellana y acaba en el Teatro Real, comprendiendo en su ámbito una media docena de calles, se encuentra a veces sorprendido por una mesa cubierta de un paño negro; sobre la mesa hay un crucifijo y dos velas, y al lado un hombre del pueblo o un militar, cuyo uniforme sólo se encuentra ya en los figurines de la historia del ejército. Aquellas figu-

ras austeras que le piden en tono grave una limosna para las víctimas; aquella bayeta obscura y aquella cruz, le dicen que ha llegado el 2 de mayo. El podría haberlo olvidado quizás; el pueblo de Madrid no lo olvida nunca. Pero pasan veinticuatro horas. El cortesano siente que le detienen suavemente por la manga del paletó y oye una voz dulce, una voz de niña: *¿Caballero, un cuartito para la Cruz de Mayo?* Vuelve la cara y... el altar no ha desaparecido, pero a los paños negros sustituyen telas vistosas de mil colores, dijes y guirnaldas de verdura. La cruz está allí, pero sus descarnados brazos se han vestido de flores y alrededor de la mesa, rodeada de macetas y cubierta de paños blancos y encajes, forman corro un grupo de muchachas bonitas.

La manecilla del reloj ha dado dos vueltas en el horario y el pueblo de Madrid, de la noche a la mañana, ha hecho, siguiendo sus invariables costumbres, aquella rápida transición.

La cruz de mayo es en la corte una contribución que no nos atrevemos a llamar voluntaria; con tal imperio la exigen sus lindas comisionadas de apremio.

A las más pequeñas cobradoras se las suele dar dos cuartos y un beso; a las mayores se las da los dos cuartos solos, aunque no siempre por falta de ganas de darles las dos cosas juntas.

ANTIGUEDADES PREHIS-
TORICAS DE ESPAÑA

ANTES de dar a luz las notables *Cartas prehistóricas* con que nuestro querido amigo y colaborador don Manuel de Góngora viene a prestar interés a las columnas de *La Ilustración de Madrid,* nos ha parecido oportuno decir algunas palabras acerca del nacimiento y desarrollo de esta nueva ciencia, apuntando las nociones elementales que pueden facilitar en cierto modo su comprensión y dar idea, aunque ligera, de su importancia.

La aparición de la ciencia prehistórica, como todos los grandes desenvolvimientos de ideas, se ha venido preparando lentamente; y mucho antes de que formulara principios generales y recibiera nombre gráfico ya pudieron notarse las desviaciones del espíritu de investigación de los hombres científicos que, abandonando los senderos trillados, habían de dar lugar a su nacimiento.

La historia filosófica y grave, detenida en las fronteras de la fábula, pugnaba por ga-

nar terreno en aquel campo misterioso, personificando los mitos y buscando el origen de los dioses en la glorificación de los héroes.

El estudio de las razas, ensanchando el horizonte de las edades, traía a planos relativamente próximos las que ocupaban los últimos términos; y en pos de éstas, que entraban en el dominio de la realidad, iban apareciendo otras y otras, vagas y confusas, pero de las que podía presumirse que no eran aún las originarias.

Por este tiempo la geología se empeñaba en el inmenso trabajo de reconstruir los anales del globo, y nos hacía asistir a las espantosas convulsiones y las titánicas luchas de los elementos que lo forman, hasta decirnos cómo fueron apareciendo y modificándose la Flora y la Fauna primitivas.

Quedaba, sin embargo, por resolver una gran cuestión. ¿En qué momento aparece el hombre? En la duda, y ajustándose a las conclusiones rigurosamente lógicas de su sistema, la ciencia negaba al hombre hasta el punto en que encontrara sus restos.

En medio de los primeros cataclismos, era natural que ni aun los buscase. Pero se producen las plantas y no se encuentra rastro suyo; llega el período de los grandes paqui-

dermos, y tampoco. Se estudian los sedimentos de la transformación conocida con el nombre de el diluvio, y, a pesar de las más autorizadas tradiciones, la geología, no encontrando sus huellas, afirma que la raza humana es posterior a aquella gran catástrofe.

La ciencia, separándose de este punto de la tradición, con la cual venía hasta allí como de la mano, no sospechaba que después de un largo rodeo debía encontrarla otra vez en su camino. En efecto, los que estudian al hombre como centro en derredor del cual gira todo lo creado, como punto culminante con el que se relaciona cuanto existe, presienten su aparición contemporánea de las razas de animales que han desaparecido, y creen ver sus huellas en los objetos de piedra toscamente labrada que se hallan diseminados por diferentes puntos del globo. No obstante, estos objetos se encontraban casi siempre en la superficie de la tierra o en capas que no probaban terminantemente su remota antigüedad. Al cabo se descubren algunos pedazos de sílex simétricamente cortados en terrenos aún no removidos y en yacimientos geológicos, que prueban la existencia del hombre coetáneo de los fósiles.

¿Pero debía caer al suelo todo un magní-

fico sistema, por un pedazo de piedra, con un corte o una depresión, al parecer obra de la industria humana? La generalidad se encoge de hombros ante aquella prueba, mientras los menos, concediéndola alguna más importancia, tratan de explicar de otro modo el hecho. Mas había llegado el momento de la revelación completa, y por último aparece el hombre fósil. Boucher de Peters, el infatigable sostenedor de esta teoría, el patriarca de la ciencia prehistórica, somete al examen del mundo científico la famosa mandíbula de las canteras de Moulin Quignon.

La prueba es decisiva y los refractarios sólo pueden poner en duda la autenticidad del objeto que la constituye. Acerca de este punto de la cuestión se traba una reñida contienda entre los sabios, que da origen a la especie de proceso científico que se resuelve por medio de una reunión de eminencias en diversos ramos del saber humano, presididas por el célebre Milne Ewards. Y en este punto se tocan las ventajas de los estudios y los sistemas, fundados en la observación de datos y hechos positivos. Acaso por la primera vez resulta un acuerdo general entre distintas y encontradas opiniones, que no pueden resistir a la evidencia al examinar un

hecho concluyente sobre el terreno en que se ha producido.

A partir de este momento, los apóstoles de la nueva ciencia se diseminan por diversos países y comienzan a hacer prosélitos. Ya se fija la atención en ella, se habla, se escribe y se estudia, viniendo a coronar estos esfuerzos, sancionando sus principios, el descubrimiento de las ciudades lacustres de Suiza, donde bajo las aguas de los lagos se encuentran restos de habitaciones, útiles, armas y objetos que prueban la existencia del hombre en cierto grado de civilización en una época que los cálculos geológicos no vacilan en remontar a cinco o seis mil años de distancia de la nuestra. Semejantes o parecidos descubrimientos coinciden con éstos, o los siguen muy de cerca, en Italia, Alemania, Francia, Escocia e Irlanda, y animados con sus triunfos los propagadores de la idea, celebran congresos, dan nombre de ciencia prehistórica a aquel nuevo linaje de estudios, y sientan los principios generales dividiendo la época primitiva en cuatro grandes períodos:

Megalítico o de la piedra tallada.

Neolítico o de la piedra pulimentada.

Del bronce.

Del hierro.

Refiriéndose a ellos, según de su estructura, su materia o su perfección se desprende, clasifican los diversos útiles y objetos encontrados, ya en las cavernas habitadas por las primitivas razas, ya en los bancos formados por acumulaciones de diferentes despojos, en el fondo de los lagos o en terrenos que movimientos sucesivos han contribuído a cambiar de posición respecto a la superficie.

La geología, la antropología y la arqueología, reuniendo así sus fuerzas, aspiran después de allegar los datos suficientes a echar los cimientos de una nueva historia. Como dejamos apuntado, todos los países han contribuído a esta empresa colosal, y el nuestro, aunque uno de los últimos a llevar su parte, no es por cierto el que menos ha coadyuvado al éxito.

Ya algunas personas ilustradas, que desde el fondo de su gabinete siguen el movimiento científico de Europa, habían hecho algunos estudios aislados; ya un profesor eminente había llamado la atención hacia los interesantes problemas que ofrece la antropología, cuando apareció el notable libro del señor Góngora, titulado *Antigüedades prehistóricas de Andalucía,* y con la aparición de este libro España se colocó a una decorosa altura.

En otros países la protección de los Gobiernos, los esfuerzos de las asociaciones y el generoso e ilustrado apoyo de los particulares, había permitido hacer estudios serios y dar a luz publicaciones costosas. En España un hombre solo, sin otro impulso que el de su fe en la ciencia, no ha vacilado en sacrificar su modesta fortuna, primero en viajes y exploraciones, y después en la publicación de una obra que, entre otros méritos, tiene el de ser modelo acabado de tipografía y muestra de lo que respecto a libros ilustrados puede hacerse con elementos puramente nacionales.

El señor Góngora en este libro aporta nuevos e importantes datos para escribir la historia de las primeras razas que habitaron nuestro suelo; pinta con sencillez, pero con gran verdad y color, los apartados lugares que ha recorrido buscando las casi borradas huellas de los primitivos pobladores de las comarcas andaluzas, y, entre otras no menos ignoradas y curiosas, describe la *Cueva de los Murciélagos,* situada cerca de Albuñol, misteriosa y antiquísima necrópolis, en la cual tuvieron sepultura más de cincuenta cadáveres pertenecientes a épocas que traspasan el límite conocido de la historia.

El estudio de los cráneos y osamentas recogidos allí; la descripción y clasificación de las armas de piedra, utensilios de madera y hueso, vasijas de barro, restos de vestiduras y objetos de esparto tejido, como gorros, túnicas, bolsas y escudos, al que se reúne el hallazgo de una diadema de oro puro groseramente batido; adornos y ofrendas, consistentes en caracolas, colmillos de jabalí y cabezas de adormideras, prestan a las páginas del mencionado libro un interés que contribuye a aumentar la reproducción de muestras de una escritura desconocida encontrada en la *Cueva de los Letreros,* y noticias de cavernas, sepulturas, túmulos, dólmenes y recintos sagrados de un período tal vez posterior, pero que se enlazan en cierto modo con ese más obscuro y lejano cuyas sombras trata de disipar la historia. Como era de esperar, el libro del señor Góngora ha obtenido la más favorable acogida, y animado con el éxito a proseguir la empresa, nosotros podemos ofrecer a los lectores de *La Ilustración de Madrid* los nuevos trabajos y descubrimientos que han de servir de base a la segunda parte de su obra.

La importancia de estos trabajos en la época presente no tenemos necesidad de encare-

cerla. Hay en las ciencias períodos de análisis y períodos de síntesis. El que atravesamos pertenece a los primeros. Hasta aquí se ha escrito la historia de una sucesión de individualidades, dioses, reyes y héroes. Hoy se reunen los datos para escribir la del ser colectivo que se llama humanidad. Sobre el abismo en que se habían hundido esas razas desconocidas sólo flotaban nombres; la historia, sentada al borde de ese obscuro abismo, tejía de fábulas maravillosas sus narraciones, con la proverbial seguridad del mentir de las estrellas. Pero del seno de las sombras ha comenzado a surgir la luz, Nínive y Babilonia sacan la cabeza de entre las arenas del desierto; los pueblos aborígenes salen de las cavernas, se alzan del fondo de los lagos o abandonan sus túmulos; primero hemos interrogado sus cráneos, que no tienen la lengua para contestarnos; más tarde hemos encontrado respuesta a nuestra curiosidad en los enhiestos peñones que ostentan rastros de una escritura indescifrable como un enigma, pero que algún día encontrarán su Champollion, como los geroglíficos de Menfis. Entretanto, los mantenedores de añejas teorías, los que se complacen en poblar de sueños los últimos confines de la historia, en la seguri-

dad de no ser desmentidos, pueden decir, en presencia de los hechos que vienen a derribar sus artificiosos sistemas, lo que Macbet ante el espectro de Banquo:

«Antiguamente un muerto metido debajo de la tierra se estaba allí tranquilo. Hoy se rompen todas las leyes de la naturaleza para que salgan a atormentar a los que viven.»

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII

COLECCION FORMADA E ILUSTRADA POR
EL EXCELENTISIMO SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

La *Biblioteca de Autores Españoles* acaba de enriquecerse con un nuevo tomo, primero de los que han de formar la colección de poetas líricos del siglo pasado.

Siendo el objeto principal de esta Biblioteca reunir en volúmenes económicos y manuables las obras de nuestros escritores y poetas que despiertan mayor interés, y que se hallan diseminadas en diferentes ediciones unas, y olvidadas, oscurecidas o inéditas otras, el tomo que acaba de ver la luz pública cumple de lleno su misión al presentar coleccionadas las producciones líricas de un período literario tal vez el más digno de estudio para los críticos, y seguramente el más desconocido de los aficionados a las letras.

La colección de estas poesías, en las cuales se refleja el estado político y social de España en el más triste período de su decadencia y la lucha del genio nacional vencido al cabo por los elementos extranjeros que todo

lo desnaturalizaban, resultaría sin embargo un logogrifo indescifrable para nosotros, si un concienzudo escritor no nos condujese como de la mano por entre el confuso laberinto de una época que, a pesar de su proximidad a la presente, o tal vez por lo mismo, desconocemos casi por completo.

Hombres ilustrados, así nacionales como extranjeros, han hecho ya particulares estudios acerca del siglo de oro de la literatura castellana. Posteriormente se ha trabajado con afán, y no sin éxito, para trazar con exactitud el cuadro de los esfuerzos intelectuales que en siglos anteriores vinieron preparando aquella magnífica explosión de genio y originalidad; faltaba el estudio filosófico y elevado de la época de decadencia que le siguió, y con la cual, como su derivación inmediata, debe tener la presente desconocidas y curiosas afinidades.

Para llevar a cabo esta empresa, por muchos conceptos difícil, se necesitaban requisitos que rara vez se reunen en un mismo hombre: la diligencia y la tenacidad propias del erudito que persigue un dato hasta el más obscuro y empolvado rincón de una biblioteca y la elevación de miras y el criterio peculiares al que siguiendo las evoluciones de la crí-

tica moderna sólo tiene en cuenta esos detalles para generalizar, buscando una síntesis filosófica.

El señor don Leopoldo Augusto de Cueto, encargado de tan difícil obra, con una flexibilidad de talento verdaderamente peregrina, ha logrado arrancar los materiales de la cantera, cortar los sillares y levantar el edificio. *El bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo* XVIII, que precede al tomo LXI no es, como ya ha hecho observar otra publicación, un mero bosquejo del asunto que su autor se propone tratar; más afortunado que aquellos otros braceros infatigables de la inteligencia, a quienes sus pesquisas y hallazgos sólo permiten señalar nuevos derroteros al talento de los historiadores, el señor Cueto entra en ancho campo que descubre y lo agota bajo todos los puntos de vista, haciendo, no ya un bosquejo o introducción, sino un verdadero libro, del cual las poesías que le siguen no vienen a ser más que notas y comprobantes.

Procediendo con el arte y el método de quien no desconoce las exigencias de la moderna crítica, el autor de este trabajo, merced a un profundo estudio de todos los elementos que lo constituyen, nos presenta el

cuadro perfecto de la sociedad del siglo XVIII como fondo de la escena; después de agrupar los personajes secundarios, evoca los actores que ha de traer al primer término, y, dándoles vida, fisonomía y carácter, nos prepara perfectamente para poderlos comprender luego que, puesto punto a su historia, suelta la pluma, dejando que ellos hablen por medio de sus poesías.

De la severa imparcialidad con que juzga estas mismas poesías, sacando a unos autores del injusto olvido en que yacían envueltos y haciendo bajar a otros del pedestal en que una rutinaria tradición los había colocado, sólo podríamos dar exacta idea entrando en el análisis de un libro que ni su seriedad ni sus especiales condiciones permiten juzgar sin más sosiego y espacio del que nos es posible disponer en este momento.

EL CAFE DE FORNOS

El arte recibe siempre vida de su íntimo consorcio con los hábitos y las ideas del período que atraviesa. En otras épocas recibió aliento y se adaptó a la forma de la sociedad en que había nacido, y se desarrollaba traduciendo los símbolos cristianos, prestando su magia al ostentoso culto católico o enriqueciendo las severas estancias de los reyes y los magnates. Al desvanecerse aquella sociedad, que estribaba en círculos jerárquicos; al debilitarse en cierto modo la fe religiosa, al menos en cuanto se refiere al culto externo, el arte entró en un período difícil, del cual todavía no ha salido por completo, aun cuando se ve el camino que ha de conducirle a otra manera de ser. En efecto, si bien sustrayéndose en cierto modo a las severas reglas estéticas a que un tiempo vivió sujeto, se observa en él la tendencia a generalizarse, apoderándose de la industria, multiplicando hasta el infinito los objetos que pro-

duce y descendiendo de la olímpica altura en que se mecía para filtrarse por todas las clases de la sociedad, a las cuales lleva como un impulso regenerador las nociones del buen gusto y la aspiración a lo bello. Hasta que esta revolución no se realice del todo, el arte moderno no habrá encontrado su verdadera fórmula.

El dibujo (1) que ofrecemos hoy del notable trabajo, obra de nuestro querido compañero y amigo el señor Vallejo, es una palpable muestra de lo que en este camino se ha adelantado en España. La elegancia de la composición, lo correcto de las formas, el gusto y la sencillez con que el autor ha sabido interpretar el pensamiento que preside a este cuadro, lo clasifican a primera vista entre las producciones que satisfacen las más delicadas exigencias; sin embargo, esta obra no va a realzar con sus contornos y colores la soberbia cúpula de un templo ni el pórtico de un palacio: su destino es más modesto, más popular; completa, o mejor dicho, es el punto

---

(1) Este artículo se publicó acompañado de un dibujo que representaba el techo del café de Fornos, que se abrió al público en aquellos días. (NOTA DEL RECOPILADOR.)

de partida de la ornamentación de un café público.

¿Cómo se ha operado esta transformación en el país clásico del arte oficial, del arte conservado al calor de los poderosos o las corporaciones? Vamos a echar una rápida ojeada sobre la historia de los cafés públicos en Madrid y el fenómeno quedará explicado.

El café desciende en línea recta de la botillería. ¿Quién no recuerda el carácter y la fisonomía de estos establecimientos tradicionales, en que sólo se hacía café para algún que otro raro aficionado, y se servían sorbetes en determinadas estaciones? La botillería era un lugar de paso; alguna manola, invitada por un majo de los que reprodujo Goya, solían entrar a refrescar, después de la corrida de toros en que habían admirado a Pepe Hillo; algún politicón rancio o tal cual poeta confeccionador de ovillejos entraban a leer el *Mercurio* o a departir acerca del mérito de las novedades teatrales antes de ir al corral de las comedias. Las personas algo encopetadas se hacían llevar a sus casas las bebidas, las noches de saraos, y la multitud no había adquirido la costumbre de pernoctar en los cafés. El mobiliario y el fondo de la botillería se armonizaba con sus concurrentes,

como el fondo de un buen cuadro con las figuras que lo componen.

El cambio de sistema de gobierno trajo una revolución en las costumbres. La vida se hizo más exterior, nació la política, la multitud tomó parte en sus luchas, y, como no era posible la vida del foro a semejanza de Roma, surgió espontáneamente el café, sucursal afortunado de la plaza pública. La fama de Pombo y Lorencini se remonta a esta época.

Más tarde fué creciendo el anhelo de sociabilidad, de esa sociabilidad cómoda y barata que se realiza en estos establecimientos, y comenzaron a multiplicarse, y el espíritu de especulación se fijó en el negocio. Los veladores de mármol sustituyen a las mesas de pino; el gas, al aceite; las cortinillas de indiana dejan sitio a los grandes portiers; donde estaba el reloj de cuco y figuras de movimiento campea una esfera magnífica; el lujo no se detiene y llega a la prodigalidad; se multiplican las luces, se agrandan hasta la exageración los espejos; el oro, casi en profusión lastimosa, chispea por todas partes; unos, tratando de sobrepujar a los otros, llegan al límite extremo, porque no cabe ya más en esa senda de riqueza sobrecargada y de dudoso gusto.

La multitud sigue con interés estas evoluciones; hoy admira un café nuevo, mañana celebra otro; pero de día en día son mayores sus exigencias. En este punto, lo que comenzó por necesidad vulgar de comodidades y ostentación, se convierte en exigencia de un gusto más delicado. El café de Madrid fué un paso dado en este camino; pero la diversidad de artistas que en su decoración tomaron parte y la falta de unidad en el conjunto, hacen que aquella tentativa fuese más digna de alabanza por la intención que por el resultado.

Ultimamente, al tratar de construir un café en la magnífica casa que ocupa el solar de las Vallecas, sus dueños han conseguido superar cuanto hasta aquí se ha hecho, uniendo al lujo material de la decoración ese refinamiento de lo rico, que sólo puede conseguirse merced al arte, que a todo presta un valor sin límites. Para conseguir este resultado se ha valido de artistas tan distinguidos como el señor Vallejo y los señores Terry y Busato, de quienes ya hemos tenido ocasión de ocuparnos con motivo de trabajos semejantes. Saliéndose del camino trillado en este género de obras, el señor Vallejo ha encontrado con rara fortuna la fórmula de llenar todas las

condiciones de la pintura decorativa, tratando asuntos apropiados al destino del local. Los cuatro cuadros principales y el círculo que lo adornan, en los que se desenvuelve con claridad, merced a bien pensados grupos de figuras, las alegorías de el te, el café, el chocolate, los licores y los helados serían siempre verdadero motivo de alabanza por el esfuerzo de originalidad e ingenio que supone armonizar felizmente ideas tan vulgares con formas y efectos artísticos, si ya por la maestría de las composiciones, la pureza de los contornos y la frescura del colorido no fueran todos ellos verdaderas obras de arte, dignas del nombre de su autor, que aun en estos, para él fáciles trabajos, deja siempre marcada la huella del talento.

La elegantísima ornamentación estilo de Luis XV que completa el decorado de los salones, y en la cual sobre fondo blanco con filetes, florones y molduras de oro, lucen caprichosas grecas, cuadros de paisaje, pájaros y flores vistosas, está en perfecta armonía con la distinción y elegancia que reinan hasta en los menores detalles, y constituyen un trabajo que honra a sus autores, los señores Terry y Busato, verdaderas especialidades en este género.

CIRCO DE MADRID

DECORACION Y ESCENA DEL
PRIMER ACTO DE "MIGNON"

No es preciso ser muy viejos para recordar la época en que nuestros teatros no tenían por todo recurso de aparato escénico más que la consabida baraja de decoraciones de palacio, calle corta, casa pobre y selva, con tres o cuatro trastos sueltos para transformaciones tan inocentes como la de *La pata de cabra* o *Los polvos de la madre Celestina.* Sobre este obligado fondo habían de destacarse las figuras de los actores, cuyo exiguo guardarropa inventarió con tanta gracia el inimitable Fígaro en uno de sus mejores artículos.

Cierto es que con tan pobres recursos todavía encontraba el arte medios suficientes para cautivar al auditorio, y los tiempos de Máiquez, Latorre y Romea serán siempre memorables para los amantes de la escena española. ¿Pero qué mucho que la musa trágica y cómica se dignaran descender al templo donde se les rendía culto con fe, ya que no con ostentoso aparato, si sobre cuatro tablas y al

aire libre nació el teatro de Lope y Calderón y las tragedias de Shakespeare se representaron teniendo que decir en un cartel al comenzar cada uno de sus actos: «Este es el foro de Roma, el castillo de Ellingor o una plaza de Venecia»? Lo que faltaba al artificio escénico lo suplían la potencia de la creación, el talento de los intérpretes y el entusiasmo del público.

Al llegar a un período de decadencia para el teatro, y no local, sino que en mayor o menor escala se advierte en toda Europa, lo accesorio se ha sobrepuesto a lo substancial, y las otras artes que sólo debían concurrir como auxiliares a realzar la concepción del poeta, procuran vestir de hermosas apariencias el esqueleto de las modernas producciones. Algo es algo. En Francia, muy particucularmente, alcanzan gran éxito, y no sin razón, obras cuyo principal mérito consiste en la profusión y bondad de las decoraciones, la propiedad y el lujo de los trajes y el número y la belleza de las figurantas. Ni tampoco en los teatros de Alemania e Inglaterra, donde poco notable se produce actualmente, desdeñan estos poderosos recursos para atraer la multitud y conquistar su favor.

En nuestro país, después de flotar algún

tiempo en el limbo; después de componernos del mejor modo que nos ha sido posible para tener teatro, resolviendo el difícil problema de interesar al público, sin obras de importancia, sin actores notables y sin aparato escénico, comenzamos a sentirnos arrastrados por la corriente general, exigiendo también que al menos, ya que no nos hablen al corazón, nos hablen a los ojos. Algo es algo, dijimos más arriba, al apuntar ligeramente el carácter del movimiento que se observa en la escena de otras naciones. Y, en efecto, por todos los sentidos se llega a la inteligencia; una obra artísticamente decorada y vestida con la propiedad y el lujo de detalles propios de un lugar o una época precisa, es casi una lección de historia, de arqueología e indumentaria. Además, el espectáculo de lo bello en cualquier forma que se presente levanta la mente a nobles aspiraciones. Yo, que profeso esta teoría, creo de todas veras que una mujer hermosa civiliza tanto como un libro. Sin querer, al contemplarla se buscan sus afinidades y se encuentra al cabo que la virtud es, en el orden moral, lo que en el físico la hermosura. Justo es, por lo tanto, que procuremos animar a las Empresas, que co-

mienzan a considerar las especulaciones teatrales bajo este punto de vista.

Al hacerse la revolución en el sentido indicado, el teatro de la Opera italiana rompió la marcha. Todavía nuestra escena nacional se mantenía firme en sus trece de la selva con follaje de verde, de ventanas de casa pobre, con la consabida estampa pegada a la pared, y sus aristócratas invitados a los grandes bailes con guantes blancos de hilo y manos que recordaban los que abren las portezuelas de los coches, cuando ya las obras de algunos maestros inmortales se habían visto exornadas de grande aparato en el coliseo de la plaza de Oriente. Aún después de haber perdido el nombre, nuestros clásicos corrales de las comedias se han resistido heroicamente a perder los hábitos y la hechura. Poco a poco las exigencias del público, la iniciativa de algunos inteligentes actores y las condiciones de artistas que realmente conocen el arte en cuanto se relaciona con la pintura escénica, han cambiado la fisonomía de nuestros teatros, ya exornando la sala con adornos y techos de color y gusto, en armonía con su destino, ya dando nuevo interés a la escena, merced a las decoraciones, la propiedad y la

elegancia en los trajes, y el escrupuloso estudio de los accesorios.

Larga tarea sería el enumerar cuanto se ha hecho en este camino, con más o menos resultado; hoy sólo cumple a mi propósito decir algunas palabras acerca del nuevo teatro establecido en el Circo de Madrid, cuyo activo e inteligente empresario y dueño, así sabe presentarlo al público como brillante hipódromo, como salón de conciertos o, finalmente, transformado en elegante y fresco teatro de verano, destinado a dar a conocer al público de Madrid las mejores producciones de la ópera cómica francesa, exornadas con el aparato y el lujo que son en París uno de sus rasgos más característicos.

Secundado en esta empresa por los pintores escenógrafos señores Ferri y Busato, cuyas obras se han aplaudido ya tantas veces, y habiendo tomado a su cargo la parte de composición y figuras que exornan la sala un artista tan reputado e inteligente como el señor Vallejo, no hay para qué decir que el señor Rivas ha conseguido lo que deseaba.

Los críticos musicales podrán discutir acerca del mérito respectivo de los cantantes que forman la compañía; el público podrá dividirse en encontrados pareceres sobre la opor-

tunidad de éste o aquél género importado de la nación vecina; pero todos convendrán en aplaudir el esfuerzo hecho para presentar la ópera francesa en condiciones dignas de un público ilustrado y de buen gusto, admirando muy particularmente la decoraciones que en *La bella Elena, Los mosqueteros de la Reina* y últimamente en *Mignon,* hubieran bastado a conquistarle al señor Ferri un alto puesto entre los pintores escenógrafos de primera línea, si ya no se le hubieran alcanzado las muestras de fecundidad y talento que ha dado en obras anteriores.

EL DOS DE MAYO EN MADRID

Las páginas de nuestra historia contemporánea están llenas de nombres y fechas más o menos gloriosas, que en vano los diferentes partidos políticos se han afanado por perpetuar, decretando en su honor fiestas nacionales, para que un acontecimiento o una figura vivan con la vida de la gloria, que prolonga su existencia al través de las generaciones, no basta un decreto de la *Gaceta* o el acuerdo de una Cámara; es preciso que hieran las fibras del corazón del pueblo, que se graben en la memoria de las masas y que éstas se lo transmitan de padres a hijos, vistiéndolos, a medida que pasan los años, de esas galas de la imaginación, que constituyen su aureola, y son, por decirlo así, el origen de la leyenda.

El Dos de Mayo en Madrid reúne todas estas condiciones, y por eso basta citar esa fecha gloriosa para que el pueblo recuerde el acontecimiento a que se refiere y los nom-

bres y los más insignificantes detalles de los héroes que en él figuran.

Alguna vez se ha hablado de si es o no político prolongarse el recuerdo de una fecha que podría mantener vivo el espíritu de odio entre dos naciones vecinas. Las grandes virtudes excluyen las pequeñas pasiones; y el monumento del Dos de Mayo, por más que Nicasio Gallego dijese de el

> Altar eterno sea,
> donde todo español al galo jure
> rencor de muerte, que en sus venas cunda,
> y a cien generaciones se difunda.

el Dos de Mayo, repetimos, más que un monumento de odio es ara levantada en honor del sentimiento de independencia, el más noble y el más digno de conservarse puro en un gran pueblo.

La cuestión ofrece, pues, muchos puntos de vista, y no es seguramente el menos ilustrado el de los que desean se conserve la costumbre de conmemorar en ese día los nombres de las ilustres víctimas que derramaron su sangre por el amor de la patria. Ni aunque se acordase quitar a esta ceremonia todo lo que

puede tener de oficial, el pueblo de Madrid olvidaría esta fecha. Acaso faltaría a la solemnidad el aparato de las Corporaciones que a ella concurren, el del Ejército, que contribuye a su ostentación con su presencia y la anuncia con el estampido de los cañones; pero el pueblo de Madrid, que sabe de memoria la triste y gloriosa relación de aquellos acontecimientos, recorrería mañana como hoy esa especie de víacrucis, cuyas estaciones recuerdan cada una el nombre de una víctima, repitiendo a sus hijos: este es el parque de Monteleón, teatro de la hazaña de nuestros padres; en aquel pequeño cementerio de la Moncloa duermen el sueño eterno los que cayeron bajo el plomo de los invasores en la montaña del Príncipe Pío; junto a ese muro fusilaron un grupo de patriotas; allí reposan las cenizas de los improvisados jefes del movimiento; ¡esta es, en fin, la casa de Daoìz! Y una corona de siemprevivas puesta por una mano ignorada sobre la tumba de los héroes; un paño negro y una cruz, altar improvisado en el histórico rincón de una calle; una rama de ciprés suspendida de las humildes tapias de un cementerio, encontrando, como encontrarían siempre, eco profundo en la masa po-

pular, valdrían tanto como las más ostentosas ceremonias oficiales, siempre vanas y frías, cuando no responden a un sentimiento que, sin distinciones de partidos, vive en el corazón de todo el país.

TIPOS DE AVILA

La famosa romería de la Virgen de Lourdes, cuya pintoresca ermita se encuentra situada a una media legua de la ciudad de Avila, reúne en el espacioso atrio que sirve de ingreso al templo multitud de gentes de todas clases y condiciones, venidas de diferentes pueblos de la provincia.

Como puede calcularse, esta gran reunión de personas, entre las cuales domina siempre el elemento popular, ofrece al estudio del observador multitud de tipos y trajes, a cual más variados y curiosos.

Sin embargo, que casi todos ellos ofrecen alguna particularidad notable, se puede, desde luego mencionar, como uno de los más llamativos, por su originalidad y carácter propio de aquella provincia castellana, el de las labradoras del valle de Amblés.

El sombrero de paño y anchas alas, adornado de flores contrahechas, ramilletes de siempreviva, galón de seda y vueltas de alfi-

leres con cabezas de colores; el sencillo jubón negro sobre el cual campea el pañuelo blanco bordado y guarnecido de encaje; el airoso guardapiés amarillo franjado de rojo; la media encarnada o negra, según que la dueña sea casada o moza; el zapatito bajo con moño de colorines o hebillas de plata; todo lo que compone su extraño atavío, forma un conjunto tan pintoresco, que bastaría por sí sólo a llamar la atención del más indiferente en materias de arte, si ya no la llamara de manera tanto o más poderosa la picaresca gracia y la gentileza y donaire de las mujeres que lo lucen.

El tipo de las labradoras avilesas no es seguramente un dechado de perfecciones clásicas, ni nada hay más distante que su expresión y sus contornos de las formas aéreas de la mujer sílfide, producto de la civilización: su nariz, ligeramente remangada; sus ojos vivos, negros y pequeños; sus labios que parecen guindas; su tez dorada como el trigo; su talle apretado y sus caderas redondas, realizan el ideal de la muchacha bonita de aldea, limpia, hacendosa y alegre, que huele a tomillo y mejorana.

TIPOS DE SORIA

La falta de fáciles comunicaciones y la escasa noticia que generalmente se tiene acerca de las particularidades de la provincia de Soria, son en primer término la causa de que rara vez la visiten los artistas y viajeros. No obstante, así en monumentos de arte, como en costumbres, trajes y tipos, guarda esta olvidada provincia un verdadero tesoro, que pronto desaparecerá sin que de él quede rastro, si antes no se procura consignar, ya en el lienzo, en los libros especiales o en publicaciones ilustradas.

En los aldeanos de Fuente Toba llaman en primer término la atención el coleto de paño burdo y la alta montera, tan común en otras provincias, y que en Castilla sólo se encuentran en algunas localidades. El corte de jubón, y el manteo ceñido de las muchachas recuerdan la moda de los siglos medios, en que se procuraba deprimir el pecho de las mujeres, hasta el punto de hacerle casi des-

aparecer, como se observa en las esculturas, iluminaciones y tablas de aquella época.

La *capa blanca* del pastor de Villaciervos es una prenda de las menos comunes, y, sin duda, la que más recuerda el origen árabe. En los bajorrelieves de un curioso edificio bizantino de Soria (San Juan del Duero) se observan, entre otras, varias figuras de pastores en el acto de adorar al Niño Dios, y casi todas ellas llevan la característica capa blanca de capucha. Estos bajorrelieves son próximamente de principios del siglo XII o fines del XI, época en que no hacía mucho la provincia había dejado de pertenecer a los árabes.

En cuanto al leñador que viste una cumplida dalmática de manga suelta y deja aún flotar sus cabellos sobre el hombro, recortándolos en forma de fleco sobre las cejas, con la barba crecida y fosca, calzado de abarcas de cuero cuyos cabos suben dando vueltas hasta la mitad de la pierna, y con el hacha sujeta a la cintura por un cinturón de cáñamo, se tendría el tipo más general del hombre del pueblo español en diferentes períodos históricos. Recuerda la gente *bracata* de los celtíberos, que con tanto denuedo pelearon en Numancia, junto a cuyas ruinas

viven. Trae asimismo a la memoria el tipo del siervo godo y el del plebeyo castellano de la Edad Media. El pintor de Historia que, dejando a un lado los modelos académicos y vulgares, se empapase en el carácter de estos tipos, ganaría mucho bajo el punto de vista de la verdad y belleza de sus cuadros.

En el discurso de la publicación de nuestro periódico tendremos tiempo de ocuparnos de la provincia de Soria, dando a conocer algunos de sus más notables monumentos de arte, entre los cuales los hay de gran interés y completamente desconocidos, al par que trazaremos cuadros de las antiquísimas y tradicionales costumbres que aún se conservan en la capital y en muchos de los pueblos de la provincia.

De este modo, y haciendo extensivo este género de estudios a las diversas localidades de España, procuraremos llenar el vacío que se nota por falta de una publicación especial destinada a recoger tan curiosos datos.

MAYOLICA DEL SIGLO XVI

La industria que dió origen al desarrollo y perfeccionamiento que alcanzó en Italia la fabricación del género de loza conocido generalmente con el nombre de *mayólica*, tuvo su origen en nuestro país, durante el más brillante período de la dominación sarracena.

Sabido es que los árabes, cuya civilización especial, y muy particularmente en lo que toca a nuestra Península, aún no se ha estudiado bien, fueron hábiles e ingeniosos alfareros. En las muestras que nos han dejado de tierras cocidas y bañadas, ya en forma de jarros, fuentes y platos, como en sus inimitables azulejos, puede decirse que se encuentran los gérmenes de la fabricación de estos productos de la industria cerámica, que más tarde, y al desenvolverse en Italia bajo la influencia de los grandes artistas del siglo XVI, adquirieron formas tan hermosas, enriqueciéndose en estructura y color hasta

el punto de constituir las que hoy se conservan verdaderas joyas, dignas de estimación, no sólo por su antigüedad, sino por su mérito indisputable.

No cumple a nuestro propósito detenernos a referir cómo se importaron a Italia las primeras muestras de esta industria, merced a la pasajera irrupción de los pisanos en la isla de Mallorca, célebre a mediados del siglo XII, en que tuvo lugar este acontecimiento, por sus muchas y renombradas alfarerías. Bástanos consignar que los etimologistas dan este origen al nombre de *mayólicas,* o mallorquinas, con que han llegado hasta nosotros sus productos.

Tampoco entraremos a detallar las vicisitudes por que pasaron las mayólicas durante la Edad Media, hasta que en la mitad del siglo XVI, en la famosa fábrica de Urbino, llegaron al más alto grado de perfección, no tanto en los esmaltes y barnices, que en algunas otras fábricas se empleaban muy superiores, como en la forma y ornato que constituyen su especialidad. Aun los más sabios coleccionistas dudan a menudo de la procedencia fija de las mayólicas, subdividiéndolas para su clasificación y orden, en épocas, escuelas y grupos; pues si bien es

verdad que algunas ostentan las marcas de fábrica o de sus autores, éstas no suelen ser siempre las mismas, y hasta respecto de las contraseñas e iniciales reina extraordinaria confusión, equivocándose a menudo con las de otros que habitaron diferente localidad y pintaron en diversos tiempos.

No obstante, la carencia de datos que origina dudas en los que proceden de buena fe, es costumbre general referir aquéllas en que más directamente se nota la influencia de la escuela de Rafael, a la famosa fábrica de Urbino; no faltando quien se enorgullece, creyéndose posesor de mayólicas trazadas y pintadas por mano de aquel grande artista.

La crítica juiciosa no ha admitido, y con razón, esta especie como cierta. Aunque la valentía y corrección con que están trazadas las figuras que adornan ciertas mayólicas, y la grandiosidad y disposición del asunto de sus cuadros pudieran hacer sospechar que habían tomado parte en ellas pintores de profundos conocimientos y fama, esta particularidad se explica sabiendo que, durante su mejor período, se modelaron y pintaron conformes a dibujos obra de Rafael y de algunos de sus mejores discípulos y continua-

dores, entre los que debemos mencionar muy particularmente al célebre Marco Antonio.

La mayólica que se conserva en el Museo Nacional de Escultura de Madrid es sin duda de las obras más notables en su género, hasta el punto que, si alguna pudiera suponerse obra de Rafael, ésta es desde luego la que más condiciones reúne para justificarlo. La elegante disposición del contorno, la corrección del dibujo y las grandiosas formas de las caprichosas figuras que la embellecen, la gracia y la ligereza de las figurinas y adornos que componen el grotesco de la orla, junto a la magistral composición del asunto que llena el fondo, nos hacen presumir que pertenece al número de las que se produjeron en el más brillante período de la fábrica de Urbino, con arreglo a dibujos y traza de Marco Antonio, de cuyas obras tiene toda la belleza y el carácter.

Esta magnífica mayólica, que, según dejamos dicho, se guarda con gran estimación en el Museo Nacional de Escultura, estuvo hasta no hace muchos años en la botica de la Real Casa, dedicada a los servicios usuales en esta clase de establecimientos. El inteligente artista y pintor de cámara don José Madrazo, que tan activa parte tomó en la

formación de nuestros Museos, la sacó del sitio en que permanecía olvidada y desconocido su mérito, para colocarla donde hoy sirve de admiración y enseñanza, no sólo a los aficionados a este género de obras, sino a cuantos entienden algo de arte y pueden apreciar en lo que valen las condiciones de elegancia y corrección que reúne.

ESCENAS DE MADRID

I

LA HORCHATERÍA

Todos los comercios, todas las industrias y oficios tienen sus alternativas; sus buenas y malas épocas. Hasta la literatura sigue estas oscilaciones; pues, según el don Eleuterio de Moratín, las comedias, como los besugos, varían de precio en verano.

El quid de la dificultad consiste en encontrar algo que pueda adaptarse a todas las situaciones y temperaturas, o aliar de tal modo dos o más comercios que alternen según la estación del año. Y este difícil problema lo han resuelto en Madrid los valencianos, que en invierno nos abrigan los pies con las esteras, y durante el estío nos refrescan el estómago con la horchata.

En el almacén de felpudos y esteras de esparto está el despacho de horchata de chufas y agua de cebada y limón, como la mariposa dentro de la crisálida. Durante el invierno, se le ve obscuro y frío, con las paredes vestidas de rollos de pleita, y un valen-

ciano de cara fosca que ajusta su mercancía con los criados de la casa, los porteros de las oficinas y las amas de huéspedes, sus ordinarios marchantes; pero pasa la primavera, se acentúa el verano, la mariposa rompe su cárcel y se transforma el establecimiento.

A las esteras de color sombrío, suceden las de paja color de oro, rojas y verdes, colocadas con arte y simetría. El portal se engalana con las tradicionales cortinas de percal encarnado con rauda blanca; se multiplican las luces, salen de no sé dónde las mesas blancas y redondas; ocupa su trono la enorme garrapiñera, y el valenciano huye al fondo de la tienda para dejar paso a tres o cuatro lindísimas valencianas pálidas, morenas, y de grandes ojos negros, que templan y previenen el excesivo enfriamiento que pudiera producir el abuso de la horchata.

II

LA PLAZA MAYOR

TEATRO de grandes acontecimientos políticos, de fiestas y ceremonias públicas, la plaza Mayor de Madrid tiene una larga e interesante historia, demasiado conocida para que nosotros nos detengamos a trazar de nuevo sus páginas. El pincel y el buril nos han ofrecido también en diversas épocas los rasgos de su particular fisonomía, ya se levantara en su ámbito el cadalso para la ejecución de un poderoso valido, ya coronaran sus arcadas las damas y galanes, espectadores de una fiesta real, u ocupara los estrados y graderías el imponente Tribunal de la Inquisición, en algunos de sus famosos autos de fe. El siglo XIX, que no se encontraba bien moviéndose dentro del círculo severo de arcos y edificios de altas torres, con chapiteles de pizarra obscura, trasunto fiel de la triste época a que se debe la última reedificación de esta plaza, creó la Puerta del Sol, en un principio estrecha e irregular, pero llena de

movimiento y vida, que forman contraste con el abandono en que desde este punto quedó aquel histórico recinto.

Como un recuerdo de su grandeza pasada, aún en las últimas bodas reales se jugaron cañas y se corrieron toros donde hoy admiramos más bien que la belleza de la estatua de Felipe III, el inconmensurable abdomen del caballo que la sustenta, por sólo esta particularidad famoso; pero el Municipio, comprendiendo al fin que la romántica y caballeresca historia de este sitio había llegado a su término, lo ha embellecido con jardines, fuentes y asientos, entregándolo en esta forma a la explotación de los soldados, amas de cría y niñeras, sus habituales concurrentes.

POZO ÁRABE DE TOLEDO[1]

(1) Este artículo lo escribió Bécquer glosando un dibujo de su hermano Valeriano. (NOTA DEL RECOPILADOR.)

El pozo cuyo dibujo pueden ver los lectores de La Ilustración en sus columnas es un precioso ejemplar de los productos de alfarería de los árabes toledanos.

En la calle de San Ildefonso, y próximo a la capilla levantada sobre el mismo terreno en que es tradición vino al mundo el célebre arzobispo de Toledo, hay un pequeño jardín hecho sobre el solar de una antigua casa.

En el extremo de este jardín existía, desde hace mucho tiempo, un pozo cuyo informe brocal presentaba el aspecto de un mal trazado círculo de ladrillos revestido de argamasa obscura. Al tratar de destruirlo, apareció debajo de la grosera corteza que lo envolvía el que es objeto de nuestra ilustración, que por su sencillez y elegancia constituye un ejemplar digno de estudio del arte árabe español.

Este hermoso brocal es de tierra roja cocida y bañada, y su adorno lo forman dos

grecas, por entre las cuales corre rodeándole una magnífica inscripción en caracteres cúficos ornamentales. La inscripción y la greca son verdes y destacan por el color y el alto relieve que presentan sobre el fondo blanco mate del brocal.

Escrupulosamente copiada, damos aparte la inscripción con un doble objeto: el de que los orientalistas la estudien y la traduzcan, si es posible, toda vez que ya algunos verdaderamente dignos de este nombre, a quienes hemos acudido, hallan bastante difícil la empresa, y el reproducir un hermoso modelo de caracteres cúficos empleados en la época que podríamos llamar clásica de la arquitectura árabe española, de los cuales se encuentran raras inscripciones, no recordando nosotros ninguna en que sólo la letra, sin combinarse con otros extraños a su configuración, forme un adorno tan rico, tan elegante y completo.

El señor don Francisco Hernández, vecino y propietario de Toledo, y dueño del jardín en que hasta ahora ha existido el pozo que nosotros hemos tenido ocasión de copiar en el mismo punto donde se encontró, lo ha regalado últimamente al Museo de aquella ciudad, dando así una prueba de generoso desprendimiento y de amor a las artes.

A LA MEMORIA DE MIGUEL
DE CERVANTES

LARGO tiempo se han buscado con verdadero afán los restos mortales del autor del *Quijote*. Sabíase que en cumplimiento de una de sus últimas disposiciones habían sido sepultados en el convento de monjas Trinitarias de Madrid; pero en vano corporaciones y particulares han practicado en diferentes épocas las diligencias más exquisitas, a fin de conocer el preciso lugar de su enterramiento.

Al agitarse recientemente la idea de erigir un panteón nacional que guardase los despojos de nuestros varones más insignes en ciencias, armas y letras, los entusiastas y numerosos admiradores del incomparable escritor a quien debe España la más brillante de sus glorias, tornaron a buscar datos, inquirir noticias y practicar diligencias para dar con su ignorada sepultura; más todo fué así mismo inútil.

Sabiendo, como de ello se tiene certidumbre, que yace en las bóvedas de la iglesia de Trinitarias, lo natural era dejarse de infructuosas pesquisas, considerar el templo todo como tumba apenas bastante a contener tan inmensa gloria, y colocar en sus muros un epitafio.

Esto es lo que ha hecho la Academia de la Lengua, mereciendo bien de cuantos se complacen en ver honrados, aunque tarde, la virtud y el talento.

Encargado el distinguido escultor don Ponciano Ponzano de ejecutar esta obra, pobre tributo que una corporación literaria, la cual cuenta con limitados medios, rinde al autor de *El Ingenioso Hidalgo,* ha sabido reunir la sencillez a la nobleza de las formas y proposiciones, dándole con gran arte, a una modesta lápida la importancia que requiere cuando ésta se dedica a conmemorar tan famoso nombre.

Este monumento se inauguró asistiendo al acto la Academia de la Lengua en corporación y gran número de literatos y personas distinguidas entusiastas admiradores de Miguel de Cervantes Saavedra. Nosotros, que de

todas veras nos asociamos al pensamiento de la Academia, rendimos en estas líneas un tributo de admiración al gran novelista, y damos nuestros plácemes a la corporación literaria.

NOTA DEL RECOPILADOR.—Este artículo se publicó acompañado de un dibujo de Valeriano Bécquer.

OCTAVA DEL CORPUS EN SEVILLA

LOS SEISES DE LA IGLESIA CATEDRAL

La ciudad de Sevilla se ha hecho justamente célebre por el fausto y la grandeza con que solemniza las festividades religiosas. Ya en el siglo XVI la llamaba el autor del *Quijote* «Roma triunfante en ánimo y riqueza», y posteriormente la han confirmado digna émula de la capital del orbe católico cuantos han tenido ocasión de asistir a alguna de sus fiestas clásicas. Entre éstas han sido objeto preferente de alabanza, así de propios como extraños, las cofradías y oficios de la Semana Santa; pero en nuestro juicio tiene más carácter y responde mejor a las costumbres de sus habitantes y a la fisonomía especial de la población la festividad del Corpus; toda luz, flores, perfumes y galas en las calles; toda majestad, riqueza y armonías en el templo.

Aun cuando indudablemente ofrecería gran interés, no entra hoy en nuestro ánimo ocuparnos detenidamente de todos los porme-

nores de sus ceremonias, sino fijarnos en uno de sus más curiosos detalles, apuntando ligeramente algo de los famosos bailes de los *seises,* cuyos ricos trajes, graciosas contradanzas y concertadas voces maravillan y suspenden a cuantos asisten a la Octava.

Que estos bailes son recuerdos de las características contradanzas y representaciones que en lo antiguo tuvieron lugar en los templos como parte del culto católico, bien claro se ve a poco que se estudien.

Sin embargo, cuando se creó este coro de cantores especiales, conocidos en otra época con el nombre de *los niños cantorcicos,* no puede decirse, aunque sí que se remonta a muy lejana fecha, toda vez que en documentos pertenecientes al siglo XV se habla ya de ellos como de cosa establecida.

Varias veces los prelados han creído poco conveniente a la majestad del culto las danzas de los *seises,* dándose ocasión a diversas cuestiones con el capítulo. Es fama que para ultimar una de ellas pendiente de la resolución del Pontífice, el cabildo envió a Roma los *cantorcicos* acompañados de su maestro, a fin de que en presencia del que había de ser juez de la causa ejecutasen el baile objeto de la censura arzobispal. Bai-

laron los *seises* tañendo las castañuelas de marfil y entonando sus armoniosos coros, y de tal modo lo hicieron, que, prendado el Pontífice de la majestad y compostura de la danza y el agradable concierto de las voces, no sólo dispuso continuaran como hasta allí, sino que confirmó nuevamente el privilegio que gozan aún de bailar con la cabeza cubierta por el sombrerillo delante del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

LA SEMANA SANTA

UNA COFRADIA DE PENITENTES EN PALENCIA.
LA MESA DE PETITORIO EN MADRID

TODAS las ceremonias religiosas del culto católico se han revestido en España de un carácter peculiar del país. Las de la Semana Santa, en que los fieles conmemoran la Pasión y Muerte del Rendentor de los hombres, son, sin embargo, las que, por su índole grave y su solemne y dramático asunto, se han prestado más a ser representadas con ese lujoso e imponente aparato, propio para herir y exaltar la imaginación de un pueblo más impresionable que reflexivo.

El transcurso del tiempo, debilitando por una parte el fervor religioso y modificando por otra las costumbres, ha contribuído poderosamente a borrar en algunos puntos los vestigios del pasado, haciendo desaparecer mucho de aquéllo con que la piedad de los fieles reunidos en corporaciones parece como que añadía un comento con sus puntas de teatral y profano a los ritos siempre solem-

nes y graves de la Iglesia. No obstante, basta fijarse en las diferencias que se notan durante esta época entre los centros de mayor movimiento y vida y los que siguen lentamente la evolución social y política moderna, para conocer que esta transformación tardará mucho en operarse por completo, aunque esté iniciada y se vea claro el camino que ha de recorrer antes de llegar al fin que se propone.

La Cofradía de Penitentes en Palencia y la *Mesa de petitorio en Madrid,* señalan los dos puntos más culminantes del estudio que se podría hacer sobre este particular, no ya somera y ligeramente en las columnas de un periódico, sino concienzuda y detenidamente en las páginas de un libro.

La cofradía es la escena fantástica de un drama conmovedor y terrible; la mesa de petitorio un cuadro de costumbres elegantes y modernas. En la una el natural ofrece contrastes de luz vigorosos y siluetas extrañas como las que sólo se contemplan en la visión de un sueño; en la otra, todo entra en el dominio de la vida real y es conocido y visto.

El diverso carácter de dos épocas muy distintas se revela, al aproximarlas, al menos dado a sacar este género de deducciones del

estudio de las costumbres. La exaltación religiosa, en la que trae su origen de siglos pasados, sólo se propone reavivar la memoria del sangriento drama de la Redención del mundo, imponer con la representación de sus terribles escenas vestir con formas inusitadas y solemnes que han de infundir terror y piedad y pasmo, la idea cristiana, cuya expresión más genuina era la catedral con sus líneas extrañas, sus sombras y su misterio.

Un propósito santo, pero más calculador y positivo, en armonía con la índole de la época actual, utiliza hoy en provecho de la miseria la piedad de los fieles, y la caridad, siempre ingeniosa, no sólo pone en estos días a contribución en las mesas de petitorio el impulso del alma compasiva, sino que hace pagar tributo a los mismos vicios y ridiculeces sociales, como el orgullo, la vanidad o la moda.

POESIAS

RIMA

Fingiendo realidades
con sombra vana,
delante del Deseo
va la Esperanza.
Y sus mentiras
como el Fénix renacen
de sus cenizas.

RIMA

Una mujer me ha envenenado el alma,
Otra mujer me ha envenenado el cuerpo;
Ninguna de las dos vino a buscarme,
Yo de ninguna de las dos me quejo.
Como el mundo es redondo, el mundo rueda.
Si mañana, rodando, este veneno
Envenena a su vez, ¿por qué acusarme?
¿Puedo dar más de lo que a mí me dieron?

NOTA.—Esta rima, lo mismo que la anterior, están copiadas del manuscrito original del libro que el poeta pensaba publicar con el título de LIBRO DE LOS GORRIONES.—*Colección de proyectos, argumentos, ideas y planes de cosas diferentes que se concluirán o no, según sople el viento.* 1868. Para este libro escribió Bécquer la Introducción que luego apareció al frente de sus obras completas y que él tituló *Introducción sinfónica.*

I N D I C E

Págs.

Preliminar 5
I.—Gustavo A. Bécquer. (Biografía por Narciso Campillo.)..... 11
II.—El Retiro..... 29
III.—El Duque de Rivas..... 41
IV.—La Picota de Ocaña..... 55
V.—Enterramientos de Garcilaso de la Vega y su padre..... 63
VI.—Una calle de Toledo..... 75
VII.—Solar de la casa del Cid..... 81
VIII.—Sepulcros de los condes de Melito 89
IX.—Apólogo 97
X.—La ridiculez..... 105
XI.—El Pordiosero..... 113
XII.—La Cruz de Mayo..... 121
XIII.—Antigüedades prehistóricas..... 127
XIV.—Biblioteca de autores españoles... 139
XV.—El café de Fornos..... 145
XVI.—Circo de Madrid. Decorado de «Mignon» 153
XVII.—El Dos de Mayo en Madrid..... 161
XVIII.—Tipos de Avila..... 167
XIX.—Tipos de Soria..... 171
XX.—Mayólica del siglo XVI..... 177
XXI.—Escenas de Madrid..... 185
XXII.—Pozo árabe de Toledo..... 191
XXIII.—A la memoria de Cervantes..... 195

Págs.

XXIV.—Octava del Corpus en Sevilla.... 201
XXV.—La Semana Santa..... 207

POESIAS

I.—Rima 215
II.—Rima 216

IMPRENTA LATINA
Covarrubias 9-Madrid-Tel. 23-67-J.

188265 LS.
B3985p

Author Becquer, Gustavo Adolfo

Title Páginas desconocidas. Vol. 1

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU